

Los hijos

Los hijos

Emilato

Índice.

Manuel

.....

Santiago

.....

Un amor especial.

.....

Una propuesta inolvidable.

.....

¿Quién mató a Doña Chepa?

.....

El agresor camina libre.

.....

A veces la verdad sale a luz cuando uno se encuentra en medio de la oscuridad del entendimiento. Ocurrió una mañana hace mucho más de medio siglo cuando un joven lleno de ilusiones decidió abandonar su hogar en busca de un mejor porvenir. Cuando las fuerzas están presentes, cuando las ganas de encontrar las quimeras sólo dependen de las ganas que podamos echarlas, cuando todo lo que nos rodea nos sofoca y nos ata a un futuro nada prometedor emprendemos el vuelo a conseguir esos sueños. Volamos a buscar otros horizontes, a esos lugares donde florece la rosa y mana el más rico y apetitoso manjar. No nos importan los peligros que debamos enfrentar ni a los enemigos que tengamos que vencer. Nos ponemos la mochila al hombro y empezamos el duro caminar. Con la ilusión en nuestra mente y la mirada fija en la fortuna nos alocamos en llegar. Ésta es la historia de ese joven, llamado Manuel... su corta historia.

Apenas si se despidió de su madre con un hasta luego; su padre estaba muy ocupado en sus propias tareas que no se molestó en interrumpirlo en sus labores rutinaria. Al salir miró por última vez las habitaciones donde había pasado sus tempranos diecisiete años. Guardó en su retina y su mente el oscuro fogón y las banquetas en las cuales habían preparado y compartido las frugales meriendas con sus hermanos. Tenía la esperanza de volver algún día y se prometió -juró a los cielos y a todos los dioses- mejorar las condiciones de su hogar. Amaba mucho a su madre y a su padre. Recogió en su corazón todos los momentos vividos con sus hermanos y sin mirar atrás, se alejó. Quiso derramar algunas lágrimas pero de

sus ojos no frotaron ninguna, ya habrá tiempo de descargarlas, se dijo. No es que le faltara cariño para sus allegados... era que su futuro no estaba en este lugar.

Con las pocas monedas que su madre le había regalado, a escondidas de su padre, tomó el autobús que lo llevaría a buscar la ansiada fortuna. Desde pequeño escuchó de las aventuras emprendidas por sus coterráneos y de las riquezas obtenidas en tierras lejanas. Su primer destino fue Cuenca. En un autobús destartado, y luego de pasar algunas peripecias para conseguir el boleto y de soportar las miradas inquisidoras de los demás viajeros, llegó a la estación en la antigua Plaza del Carbón. Era la primera vez que estaba en ese lugar. Le impresionó la gran cantidad de gente revoloteando alrededor de los sacos llenos del tizón. Los vendedores tiznados, sus manos y caras, de negro, gritaban voz en cuello ofreciendo, al mejor postor, los grandes sacos del material negruzco. Nunca se imaginó encontrar toda una plaza entera llena de carbón. Con recelo se acercó a un joven mercader para proporcionarse alguna información valedera.

- ¡Buenas Tardes! – le saludo con timidez.
- ¡Buenas...! – le contesto el mercader sin muchas ganas de atenderlo.
- ¿Me puede indicar dónde puedo tomar el bus para irme a la costa? – inquirió un poco más resuelto.

El muchacho vendedor, dejando de lado los bártulos con los cuales amarraba firmemente los costales, se acercó al sitio donde se encontraba Manuel. Le miró de pies a cabeza y enseguida supuso que se trataba de otro migrante rural a la costa. Él mismo había probado los tragos amargos de abandonar la casa; y por eso, no estaba muy seguro de dirigirle y darle detalles para el viaje; estuvo tentado de convencerlo para que

abandonara su propósito, e incluso, no le faltaron ganas de interceder con su patrón para que le diera camello en su puesto de trabajo. A la final, luego de meditar un poco, se decidió ayudarle. Cada uno busca su propio destino.

- Mire joven –le espeto. Hay varios buses que le pueden llevar a la costa. Pero dependerá del lugar al cual usted quiera llegar... Mire... Si desea ir a Guayaquil debe tomar los de la Cooperativa Sucre, o los de Semería o los de la flota de San Luis; ellos tiene su estación en la Calle Vásquez de Noboa y la Padre Aguirre... de aquí a tan solo tres cuadritas...
- ¡Ah! Pero no quiero ir al Guayas. ¿Dónde están los buses que van para Machala...?
- ¿Machala? Pues, con la misma Sucre, ellos también viajan para allá...
- ¿Me dice dónde están los buses...?
- ¡Paisano también...! –le dijo sin perder la paciencia. Suba por ésta calle de tierra gire a la izquierda y luego a la derecha; allí encontrará el mercado Diez de Agosto, y despuesito, nomás, está la estación...

Tal como le fue indicado caminó en esa dirección con paso apresurado. Al llegar al sitio buscado se aturdió observando la gran cantidad de gente que entraba y salía de la estación. En ese preciso momento ingresaba un bus proveniente del Oriente con la parrilla sobre el capó repleta con sacos de guineo verde, maduro, yuca y papayas. Enseguida el acompañante del chofer se apeó del bus y se trepó, por una pequeña escalerilla de tubo de acero galvanizado, a la parte superior del colectivo, y enseguida gritó preguntando a quienes pertenecían los saquillo. En tanto la gente, sudorosa y cansada, bajaba del transporte para atender los reclamos del chulío. Ma-

nuel, medio ofuscado, buscó alguna persona conocida que le pueda ayudar con su pretensión. Nadie se percató de su presencia. A nadie le interesaba que estuviera parado en media acera... Los viajeros con los costales al hombro salía del aparcamiento en busca de alguna carreta desocupada para que los ayudara a transportar el equipaje al mercado cercano. Algunos comerciantes, inconfundible por sus fachas, sin esperar que los dueños acomoden sus productos en las carretas ya los acaparaban para sí; sin negociar el costo se los llevaban presurosos a sus sitios de venta. Los dueños de las mercancías corrían presurosos persiguiéndoles sin dejar de señalar los precios, mas ellos a penas les daban oídos. Manuel observaba con atención la singular forma de negociar y por un momento pensó que esa sería una buena forma de ganarse la vida. De pronto un viajante, con una vestimenta muy diferente a la de los mercaderes, le pregunto:

- ¿A quién busca, joven?

Manuel se dio media vuelta sorprendido.

- Este... quería saber qué bus tomo para viajar a Machala...
- Pues, entra y pregunta en las ventanillas... -recibió como respuesta-. Sin embargo, enseguida indagó:- Pero, ¿qué piensas hacer allá, muchacho? -Aquel hombre extraño, viendo las vestimentas del joven que denotaba, a las claras, no ser de Cuenca le inquirió:- ¿De dónde vienes? Se nota a leguas que no eres de por acá...
- Sí señor, vengo de Girón y... Sin terminar la frase, el extraño le ordenó.
- Ven, acompáñame, vamos a conocer un poco el mercado. -Le dijo, sin esperar ninguna objeción. Viendo la

indecisión de joven, remato:- Vamos seguramente tienes hambre...,

Juntos caminaron hasta la plaza. Merodearon por los corredores sucios y llenos de lodo maloliente; a cada lado de los pasillos se apostaban los diferentes vegetales: lechugas, coles, nabos, acelgas, zanahorias, tomate riñón, porotos, arvejas... Los olores de las verduras frescas se mezclaban con el vapor emanado de la humedad del suelo provocando un ambiente pueblerino con mucho sabor a campo al amanecer. Al pasar por los estrechos pasillos las vivanderas los acosaban para que se acercaran a adquirir sus productos. Sin prestar atención a las insinuaciones caminaron de largo hasta un puesto de venta de café tinto. Las ollas sobre sendos reverberos humeaban rodeadas de pilos de diferentes clases de pan: costras, palanquetas, empanadas de manteca, rodillas de cristo y pan blanco. Ambicionó que su acompañante le invitara a comer en ese lugar, eso le había prometido. Desde la mañana, cuando salió de Girón, no había probado bocado y se le hizo agua la boca. Cuando llegaron al toldo, su reciente amigo le invitó a que se sentara en una pequeña banqueta dispuesta frente a la venta. Luego de saborear el delicioso bocado: Un jarro de café negro con dos mestizos, Manuel le agradeció efusivamente y buscó la forma para despedirse. Mas el extraño le tomó del brazo indicándole que no se fuera tan pronto. <<Vamos a pasear, quiero que conozcas el Parque Calderón>> le insinuó.

- Me gustaría mucho ir a pasear con usted pero tengo que viajar a la costa... -dijo receloso.
- ¡No seas pendejo! -le cortó-. Entendió que no podía detenerle más, entonces le dijo:- ¡Está bien! Luego de

que hayamos dado una vuelta por el centro de la ciudad te vas a dónde tú quieras viajar...

2.

Luego de caminar por las calles aledañas al parque y de vagar de aquí para allá se encaminaron a la Calle Juan Montalvo en dirección al sector de la Cruz del Vado. Las calles estaban desiertas por lo que Manuel supuso lo peor. Trató nuevamente de zafarse del extraño, pero aquel hombre tenía una personalidad muy atrayente que, sin querer, lo obligaba a estar junto a él. En un recoveco de la vía se encontraba una tienda con la puerta abierta de par en par, la entrada estaba resguardada con una tranca hecha con tiras de madera sin cepillar pero con el uso continuo y la suciedad impregnada habían redondeado los filos y limado su aspereza. Sobre el umbral de la puerta, clavada en la pared de adobe, se divisaba un cartel de cartulina, desvencijado y sucio, que decía: “Tienda de Don Alipio”. El extraño caminó resuelto a la entrada y golpeó el madero con sus nudillos. Luego de un rato se asomó el tendero y viendo de quien se trataba se apresuró en levantar la tranca para que los visitantes pasaran al interior. Manuel estaba desconcertado. Apenas ingresó, Manuel percibió un fuerte olor a aguardiente que le revoloteó las entrañas. Las mesas dispuestas en el interior del local eran de madera rustica acomodadas sin un orden específico. Apenas acabaron de sentarse cuando el dependiente colocó en medio de ellos una botella de vidrio llena de licor, dos vasos de cristal y una coca cola. El extraño vació media botella de licor en los dos vasos, agregó un tanto de cola y alzando el brebaje a su boca, pronunció: ¡Salud!

Luego de vaciar la botella salieron de la estancia. Manuel un tanto achispado se despidió del acompañante. Este no opuso resistencia y se alejó en dirección contraria a la del joven gironense. ¡Tanta aprehensión, de dijo, si nada ha pasado! Con los tragos en su mente se sintió con bastante valor para volver a la estación y tomar el bus que lo llevaría a Machala.

A avanzadas horas de la noche se despabiló; el ayudante del chofer del bus se acercó para despertarle. ¡Hace rato que habían llegado a su destino! Todo el trayecto habíase quedado dormido. No recordaba cómo había comprado su boleto, ni cómo había ingresado al vehículo... Preguntó al ayudante si aún estaba en Cuenca. El chulio le dirigió la mirada con compasión y le dijo que ya habían llegado a la Capital del Banano. Se alegró al saberse que ya estaba en Machala. Un fuerte calor le hacía sudar copiosamente y empapaba su ropa que se le pegaba, molestosamente, a su cuerpo. Se apeó del bus y empezó a recorrer por las calles oscuras de la ciudad. Un fuerte olor de aguas servidas inundaba el lugar, pero al poco tiempo su olfato se acostumbró a esa fetidez y pudo seguir sin que nada le incomodara. Caminó sólo varias cuadras en busca de alguna pensión barata para descansar el resto de la noche; de pronto, le sobrecogió un leve temor de ser atacado, de ser víctima de robo de sus pocas pertenencias, o quién sabe qué otras cosas más... No muy lejos de dónde se encontraba divisó una luz mortecina que iluminaba débilmente la calle. A pesar del cansancio, aceleró sus pasos hasta el sitio alumbrado. Se trataba de un local de venta de golosinas. Llamó a la puerta. Una viejecita, de más de ochenta años, acostumbrada a quedarse hasta las primeras horas de la madrugada para satisfacer las demandas de los clientes trasno-

chadores, le atendió muy amablemente. Poco después estaba bajo las abrigadas sábanas de la habitación alquilada que la tendera le ofreció a cambio de algunas monedas. El aquel sitio se sintió seguro y antes de quedarse dormido planeó el viaje del siguiente día.

3.

Fue toda una suerte encontrarse con esos aventureros ávidos de encontrar riquezas. A la salida de la casa de la anciana se tropezó, de pronto, con otros huéspedes. Las vestimentas y fachas denotaban que también provenían de la serranía. Qui-so esquivar las miradas de los jóvenes que salían, sin embargo, alguien del grupo lo reconoció.

- ¿Manuel? -Le preguntó el más atrevido del grupo. Manuel trató de pasar de largo, pero sabía que, esa podía ser una oportunidad para preguntar cómo conseguir algún trabajo. Así que dando la cara miró a los ojos del que preguntaba.
- Sí, soy yo... -respondió resuelto.
- ¿Qué andas haciendo por estos lares? ¡Vaya hombre!

La pregunta no tenía una respuesta. Manuel salió de su casa en busca de fortuna pero no sabía en dónde buscarla ni cómo encontrarla. Los caminos que esperaba recorrer, de seguro, le llevarían hasta ese lugar ansiado. Ansiaba que el azar jugara su papel, y que, de pronto, encontrara la olla de la riqueza. Su corta vida no le había enseñado que para alcanzar los logros deseados no dependían sólo de la buena suerte y el azar, que ameritaba trazarse una ruta y poner en él todo el empeño, en recorrerla a pesar de las dificultades, de ir saltando y venciendo obstáculos y que, a pesar de ello, no siempre se alcanzaba

la victoria y la fortuna. Sabiéndose reconocido por aquel hombre con contaba una barba de algunos días y los cabellos sucios y despeinados, se amilanó a confesarle su verdad.

- Ayer salí de Girón y he venido a buscar trabajo...
- ¿Y qué sabes hacer, cholito?
- Pues, de todo...
- ¿De todo? -. Vaya muchacho, -prosiguió- aquí lo único en que puedes trabajar es vendiendo frutas y verduras colocados en una carretilla recorriendo por las calles de la ciudad... -dijo burlándose-. De lo que yo sé tú no has estudiado. A vos te conozco desde que andabas en anacos... Y diciendo esto, se burló estrepitosamente.
- ¿Sí...? Puedo trabajar en eso... -Manuel quiso saber cómo es que lo había reconocido, entonces le preguntó: ¿Y usted, cómo se llama? A Manuel no le gustó para nada la chanza que pretendían hacer con él. Se recordó la vez en que dejó con el ojo morado al muchacho que le había jugado la broma de bautizarle sus botas de caucho nuevas.
- Víctor... ¡Víctor, hijo del tuerto Patiño! Tú te llamas Manuel, si no estoy equivocado... ¿No es cierto?

Manuel aceptó lo que Víctor le decía. Cuando era muy pequeño observaba a un grupo de jóvenes que se reunían en la esquina del barrio. Las bromas pesadas que se gastaban, las palabrotas prorrumpidas, y en especial, las tremendas borracheras y las consecuentes broncas le hicieron recordar a Víctor. Siempre había sido el más hablador, el que reía, sonoramente, a mandíbula batiente... y el que siempre decía que algún día abandonaría el pueblo y se iría lejos para “hacerse rico”. La barba tupida y el pelo desg्रेñado le desfiguraban el

rostro completamente. Ahora, estaba frente a frente con el más bacán del barrio. Se sintió intimidado en la presencia del hombre más popular de Girón. Manuel se quedó con la boca abierta. Víctor lo volvió en sí, diciéndole:

- ¡Vamos hombre te invito a comer! -Lo dijo de buena gana.
- Bueno... ¡Muchas gracias! -Manuel aceptó humildemente.

En la mesa de la fonda cercana, una vez que les hubieron servido varios bolones de verde con chicharrón y el café tinto, Víctor le confesó que estaban, él y sus amigos, viajando para Nambija a trabajar en las minas de oro. Los presentes relataron varias anécdotas sobre la prosperidad a la que llegaron los que habían pasado por esos lares. Manuel escuchaba con atención los relatos y se dijo, <<creo que encontré mí futuro>>. Cuando terminaron el frugal desayuno tomaron sus morrales y salieron de lugar. Estaban por despedirse cuando Manuel se decidió:

- Don Víctor... ¿Puedo ir con ustedes? -preguntó tímidamente.
- Te llevaría conmigo, pero, por lo que veo, no tienes ni la ropa ni los enseres adecuados...
- Soy de hacha y machete, señor Víctor... - Se atrevió a contestarle.
- Puede ser... Pero para ir allá no basta sólo con tu voluntad, o tu valor y tu coraje. Se necesitan de botas, de ropa adecuada y herramientas para el duro trajinar.
- Me las apañaré como sea...

Víctor se le quedó mirando y después de meditar durante un breve tiempo, respondió:

- ¡Qué carajo...! ¡Vamos! Allá veremos cómo te las arreglas...

4.

Poco después ya estaban acomodados en un destartado autobús que los llevaría al lugar donde bullía la fiebre del oro. Cuando llegaron a Nambija, la impresión que le causó el estado del pueblo le golpeó tan fuerte en el rostro como en su alma, por lo que, Manuel se arrepintió de haber venido. Caía una pertinaz lluvia que convertía a las calles de tierra en lodazales que era imposible caminar sin un buen par de botas de caucho. Sus acompañantes se pusieron sus zapatos de caña alta, se cubrieron con mantas impermeables y se calaron sus sombreros de paja toquilla. Empezaron la travesía hasta las casuchas hechas con tiras de madera, y las paredes y cubiertas estaban fabricadas de plásticos de todos los colores. A medida que avanzaban, la humedad fue metiéndose en su cuerpo: Su espalda estaba empapada y los pies más mojados que los peces en la mar. Al ver tan lastimero cuadro, Víctor sacó de su mochila el par de *siete vidas* que había reservado para cuando iniciaran sus *verdaderos* trabajos y le proveyó a Manuel. Manuel se desprendió de sus zapatos totalmente embarrados y se calzó las famosas botas negras. Envolvió su calzado sucio con papel y los guardó en su morral. Le quedaron un poco grandes pero no le importó demasiado: sus pies permanecerían secos y podría caminar con mayor facilidad.

Durante el trayecto hasta la mina más cercana fue observando la inmensa miseria en la que los habitantes se desenvolvían. La ilusión de encontrar una vida próspera fue esfumándose. Sus amigos seguían adelante a pasos acelerados,

mientras Manuel se detenía, de vez en cuando, admirado por lo que veía, y trataba de imaginar su estancia en este lugar, pensó: <<¡En qué lugar te metiste, cojudo!>> Sabía que no podía volver con sus pasos atrás. Apresuró su paso hasta darles alcance. No tan lejos de ahí divisó unas casuchas hechas con mejores materiales: techos de zinc y paredes de con tabla de madera duela; del interior salía cierta algarabía y voces de gente entrada en copas. En el camino no había visto ninguna mujer, pero en esas cabañas divisó algunas muchachas de tez cobriza, regordetas y vestidas de un modo no acorde al clima imperante: blusas multicolores y bastante escotadas y unas diminutas pantaletas que mostraban sus piernas hasta los glúteos. No dejó de revirarse para mirar el espectáculo hasta que las perdió de vista. Víctor observando con qué atención miraba, le dijo: ¡Es un burdel, hombre, ya vendremos por acá cuando tengamos algunas pepitas de oro...!

Luego de haber caminado toda la mañana llegaron a una cueva excavada en medio de la montaña, de la boca de la caverna salían y entraban mucha gente. Los que emergían del túnel cargaban en sus hombros saquillos llenos de piedras, material rocoso con aristas afiladas que lastimaban sus cuerpos, y depositaban en una gran pila; secaban sus frentes la mezcla de lluvia y sudor con el torso de sus brazos, y volvían a meterse en aquella caverna con los sacos vacíos. En la inmediaciones, otros hombres sentados a horcajadas despedazaban, a golpe de martillo y combos, las rocas hasta volverlas polvo. Un poco más allá, la roca convertida en arena fina, era lavada en medio de un riachuelo en bateas girando de un lado para otro de manera circular; sin contar con ninguna protección en sus rostros vertían ciertas sustancias químicas para

separar el preciado metal de otros materiales presentes en la mezcla de tierra y agua.

De pronto la lluvia amainó y unos leves rayos de sol empezaron a calentar el ambiente. Se sintió un poco reconfortado y su espíritu dispuesto a enfrentar este reto que le había deparado la vida. Aquellos diminutos trajes que dejaban ver mucha carne femenina, y los pedacitos de metal amarillento brillando en la tierra animó su decaído aliento.

Víctor se acercó con paso decidido hasta quien parecía el dueño o administrador de todas éstas actividades. Los otros amigos y Manuel esperaron a cierta distancia esperando los resultados de aquella plática. Luego de haber conversado un corto tiempo regresó con el rostro iluminado.

- ¡Listo muchachos! Empezamos desde mañana mismo...

5.

Cuando nació Manuel, sus padres ya le habían dado cinco hermanos. Los tres primeros estaban ya en edad escolar. Su primer hermano cursaba el sexto nivel de la escuela y vivía muy apegado al cariño que le prodigaban sus progenitores; su carácter apacible cambió drásticamente el día en que nació el segundo hijo. Desde que había nacido su hermano se volvió egoísta y no soportaba que los cuidados y mimos fueran para el intruso. No dejaba pasar ninguna oportunidad para que sus caprichos le fueran complacidos. En cierta ocasión cuando a poco había cumplido los dos años provocó un berrinche de tal magnitud que toda la vecindad acudió para cerciorarse qué estaba ocurriendo con la guagua. Cuando las vecinas entraron

a la habitación, encontraron a la madre cambiándole los pañales al recién nacido y al primogénito revolcándose en el piso.

- Pero... ¡Qué pasa con el niño! - Exclamaron apenas cruzaron el umbral.

La madre trató de explicar lo sucedido argumentando que había estado con el niño en sus brazos, pero, cuando lloró el bebito que había estado durmiendo, dejó a éste sentadito en la estera hasta amamantar a la guagua. Y fue, dijo, cuando empezaron los chillidos. La vecina más cariñosa del barrio se adelantó para tomarle entre los brazos pero el huambra pataleaba sin dejar de llorar a gritos. Sin lograr dominarlo lo volvió a colocar en la estera donde seguía con sus pataleos. Entonces la más experimentada en la crianza de niños, pues, ya tenía seis a su favor, le dijo: Son celos... puro celos..., vecinita, déjelo nomás que llore, ya se calmara. Dicho esto salieron de la casa una por una, y mientras se alejaban murmuraban sobre estos caprichos y actitudes de los niños primogénitos. La madre se apresuró en los cuidados del más pequeño y una vez que se durmió, tomo en brazos al llorón y prodigándole arrumacos muy cariñosos le tranquilizó. No era el primer berriñche, pero luego llegaron muchísimos más.

Cada vez que los suegros de la madre visitaban el hogar de su hijo notaban el comportamiento y la actitud celosa del primogénito. Cuando estaban en casa comentaban e intercambiaban opiniones si acaso sería mejor que el segundo vástago se viniera a vivir con ellos. La idea iba rondando el ambiente familiar. Esta situación incómoda para los papás persistió hasta cuando el segundo niño ya contaba con dos años de edad. Cierta día que los abuelos pasaban por el hogar de la madre en dirección al mercado, entraron con intenciones de saber cómo andaba el cuidado de sus nietos. La madre por

complacer a su primogénito había descuidado, un tanto, el trato a su segundo hijo. Este, a pesar de su inocencia, notaba la preferencia que le prodigaban sus padres a su hermano. Se percataba que los mimos y el favoritismo estaban volcados a su hermano y que él estaba siendo relegado del cariño que le pertenecía. Apenas si saludaron a la madre el niño y ya éste se subió a los brazos del abuelo. El calor experimentado en el regazo fue suficiente para que se tomara la decisión que desde hace mucho estaba en sus mentes: Llevarse a vivir con ellos al segundo hijo. Las pocas cosas que le pertenecían la metieron en la canasta del mercado y, desde ese día, el muchacho no volvió a ver a su hermano y a sus padres. El afecto negado de sus padres fue un trauma que moldeó su carácter y su vida. El resentimiento causado por vivir lejos del amor y cuidado de sus padres perduró en toda su existencia y generó en el futuro una rivalidad y rencor hacia sus otros hermanos y progenitores hasta su muerte..

Este ambiente de cuidado excesivo al primogénito lo percibió Manuel, en carne propia, cuando acababa de cumplir los quince años. Este sentimiento, y el afán de buscar fortuna, lo llevaron a abandonar el hogar a la temprana edad de los diecisiete años. Su madre lloró mucho su despedida, pero para su padre significó una boca menos que alimentar y una caricia más para su primogénito.

6.

Las noches en las minas fueron insoportables. El golpeteo permanente de la lluvia al caer en los tejados de plástico, la humedad permanente en su cuerpo y la ropa y a pesar del cansancio por el trabajo arduo del día, no le permitía dormir

con tranquilidad. No encontró manera para conciliar el sueño. Sin embargo, la solución a su problema lo descubrió en las casuchas donde se colgaban ropas de varios colores. La primera vez que fue invitado a tomarse un trago en ese lugar lo hizo con mucha timidez que, cuando ingresó, no logró levantar la vista para ver los rostros pintados de aquellas muchachas poco vestidas. No obstante el temor y la vergüenza se disiparon una vez que estuvo con dos o tres copas adentro.

- ¡Hola guapo! -. Le saludó una chica mientras se sentaba a su lado.

Con un breve gesto y un leve sonido que salió de su boca cerrada denotó su aceptación, la chica se acomodó en su asiento. Sus manos, y todo el cuerpo mismo, empezaron a transpirarle por la cercanía de aquella figura caliente y húmeda. Sus labios empezaron a secarse y los remojó con otra copa de licor. Era tanto su nerviosismo que no tuvo la gentileza de bridle un trago a ella. Sus amigos veían la actuación de Manuel y, entre sonrisas pícaras, le insinuaban que ya la llevara al cuarto. Él no se atrevía ni a mirarla. Su rodilla rozó con el muslo de la chica y todo su cuerpo se estremeció. La mano atrevida de la chica recorrió su rodilla hasta cerca de la entrepierna. Una gota gruesa de sudor rodó por su frente. En un arrebato de valor cruzó su brazo alrededor del cuello de la chica. Ella se inclinó sobre su regazo mostrando provocativamente la línea que separaba sus senos. Tomó otra copa de licor y la excitación, como un torrente de agua caliente en medio de un arrenal, invadió todo su cuerpo desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de la coronilla. La chica puso su brazo alrededor de la cintura de Manuel, y en esa posición agradable, un tanto incómoda, Manuel empezó a besarla. Al principio ella se resistió pero luego dejó que él conti-

nuará. Su mano desinhibida recorrió atropelladamente, como buscando algún tesoro escondido, debajo de la diminuta falda. Ella hizo otro tanto abriendo su bragueta. Estaban idos: sus cuerpos estaban en sus sitios pero sus emociones y mentes volaron a las fronteras de los lugares destinados a los dioses de la delectación. Viendo esto, sus amigos dejaron solos a la pareja y se fueron a buscar diversión al otro lado de la habitación.

Luego de haber tomado otras copas regresaron al sitio donde dejaron a la muchacha con Manuel, pero ellos ya no estaban en el lugar. Se miraron a los ojos y soltaron unas ruidosas carcajadas.

7.

Manuel se despertó cuando aún no amanecía, pero había dormido como no lo había hecho desde que había llegado a Nambija. Con un ligero sopor y leve dolor de cabeza, se levantó dispuesto a iniciar otra dura jornada de minero. Del exterior le llegaron varias voces, y el murmullo de la gente acabó por despabilarle completamente; se vistió rápidamente con sus ropas impregnadas con el olor a licor y a perfume de mujer. Al salir a la calle miró a muchos trabajadores que estaban arremolinados alrededor de algunos hombres vestidos con trajes extraños a ese lugar. Al acercarse receloso al tumulto vio un charco de sangre que salía de un cuerpo tendido en el suelo. No podía saber de quién se trataba, pues, su rostro ya estaba cubierto con un pedazo de plástico de color negro bastante enlodado.

- ¡Qué ha pasado! -. Exclamó mientras trataba de hacerse paso entre la gente.

Las botas que calzaba el cuerpo le parecieron familiares. Temió lo peor. Ese calzado de caucho eran iguales a las que Víctor calzaba cuando llegaron a la minas.

- ¡Déjenme pasar! –gritó. Es mi amigo! ¡Es mi amigo!

Al llegar al cadáver los gendarmes le ordenaron que se retirase mas él no escuchó nada, se arrodilló y levantó el plástico que cubría el rostro. Se sorprendió al mirar la cara del muerto. No. No era Víctor. Alejándose del lugar corrió a la casucha de Víctor. Entró atropelladamente llamando a su amigo y del interior salió a su encuentro el compañero con quien compartía la cabaña. Al ver a Manuel con el rostro desencajado le hizo señas de que se callara. Pero él no pudo contenerse.

- ¿Dónde está Víctor? -. Dime: ¿dónde está...?

- ¡Cállate hijo de su madre! –dijo el compañero con tono imperativo-. Ven, ven acá dentro. -Le invito a que pasara. Y cuando estuvo calmado le contó todo.

-

8.

<<Después de que te dejamos acostado en tu camastro, salimos a completar la juerga en otro cabaret. Ni bien llegamos al *chongo*, Víctor reconoció al tipo que hace unos días le había robado unas botas. Él sabía que eran sólo un par de cauchos gastados... Así que, no le prestó mucha atención y, pedimos una media botella de ron. Parece que esto enojó al hombre – ya sabes el ron cuesta un *chuchanal* de plata-, y empezó a presumir que los zapatos que llevaba puesto, él se los había robado. Víctor continuó tranquilo y nos dijo que mejor sería que nos marcháramos a otro lugar. De verdad, no estuve de acuerdo con esa propuesta, ¿a la final por qué debíamos marcharnos?, pero acepté a regañadientes, más para evitar alguna

bronca, y salimos llevándonos la botella de ron. Apenas habíamos salido cuando escuchamos a muestras espaldas vociferar:

- ¡Oye gironejo, hijo de puta! ¿Te crees muy platudo?
>>Seguimos caminando sin escuchar lo que gritaba. Entonces sin que supiéramos de dónde provenía, Víctor recibió un tremendo golpe en su espalda. Trastabilló y estuvo a punto de caerse. ¡Si se hubiera caído habría sido el fin de nosotros! Nos dimos la vuelta y vimos al tipo sosteniendo en sus manos un enorme madero. Medio adolorido, Víctor se plantó a enfren-
tar al atacante. El tipo se abalanzó para propinarle otro golpe pero él hábilmente esquivo el porrazo y el tipo fue a dar al suelo. Esto, cabrón, fue aprovechado por nosotros, para, entre todos, quitarle el mazo. De pronto se nos aparecieron otros hombres, entonces decidimos huir del lugar. Corrimos hasta cerca de tu casucha... Ellos nos siguieron hasta aquí. El que ahora está muerto, envalentonado por la turba que lo acompañaba, se adelantó para atacar. Víctor le dio un sólo garrotazo, con el mismo que logramos quitarle, en la cabeza y el hombre fue a dar al piso. La sangre no tardó en regarse por toda la calle. Los otros tipos observando la escena huyeron cada uno por su lado. Nos acercamos al tipo y ya no daba señales de vida... Entonces le dije: “¡Escapa, Víctor, escapa!” Luego me vine a mi cama y estoy despierto desde que nuestro panita se largó. Pucha, a la verdad, no sé a dónde se fue... >>

9.

Había pasado un mes desde que Víctor escapó. Durante todo este tiempo la policía rondó por todo el pueblo esperando a que apareciera el causante de la extraña muerte. Pero nunca lo

iban a encontrar, Víctor salió de Nambija esa misma noche... aunque su destino no se sabía con exactitud, por ahí se comentaba que había logrado pasar la frontera con el Perú. No había certezas, lo que sí era cierto es que, las riñas y las broncas se suscitaban todos los días. Era muchos y muy diversos los motivos: ya sea por la bravuconada que traía consigo el trago, porque alguna chica del burdel no le había preferido, por algún robo menor o por el hurto de una pequeña pepita de oro, o simplemente, por la envidia que causaba haber tenido la suerte de encontrar más mineral precioso en el día... Sin embargo, las muertes eran muy raras. El incidente fortuito acaecido con Víctor se dio luego de casi un año de haber llegado a ese lugar y durante todo ese tiempo no se había escuchado nada semejante. Luego de un mes el asunto se fue olvidando, y poco a poco la relativa calma retornó a Nambija. Todos los habitantes volvieron a sus infatigables tareas rutinarias, y la policía, desencantada, se retiró a sus cuarteles. Los burdeles empezaron a bullir nuevamente.

Manuel empezó a frecuentar ese lugar y todas las veces quería estar con la misma chica, con aquella que había experimentado el *amor* en esa noche fatídica; no siempre la hallaba en su sitio pero si se encontraba disponible se acercaba decidido y la llevaba a su cuarto. En verdad, a la muchacha le gustaba que llegara Manuel, aunque había cierto interés en su preferencia, pues, luego de pasar el tiempo pagado en su lecho, le dejaba un trocito de metal precioso a más de la cancelación por los servicios prestados. Ella, en retribución de la generosidad de Manuel, luego de hacer el amor, se quedaba charlando, un buen rato con él; los temas de conversación, en cada encuentro, se volvieron más personales, pero siempre llegaban al asunto sobre las diferentes vicisitudes que había

logrado salvar en sus respectivas vidas. El chulo de la muchacha empezó a sospechar algo extraño en esa relación y cada vez que llegaba Manuel lo miraba de una manera poco amigable. Cuando Manuel se retiraba del lugar, el proxeneta entraba a la habitación de la chica y le propinaba, sin motivo aparente, varios los golpes. Los puñetazos que descargaba en la mujer siempre estaban dirigidos al estómago, y los puntapiés a los muslos, y lo hacía a propósito para evitar que las señales del maltrato se evidenciaran a los dueños del local. Ellos nunca se enteraron de nada. Manuel tampoco percibía los ultrajes perpetrados en su amante.

La vida entre ellos transcurría en medio de la mentira, la violencia y el maltrato, sin embargo, Manuel se fue enamorando. No deseaba tener a su chica en ese medio nada sano y muy hostil, y poco a poco, su mente fue fraguando una retirada. Una noche cuando venía dispuesto a proponerle escapar del lugar no la encontró en su sitio habitual. Indagó a los presentes por su amada, pero nadie sabía nada. Manuel, en todo ese tiempo de permanencia en Nambija, había tenido mucha fortuna, o mejor sería decir: había actuado con mucha picardía. La cantidad que recolectaban diariamente en la mina le permitió, a escondidas, guardarse una pequeña parte sólo para él. Haciendo cuentas se dijo que, ya tenía un monto suficiente para proyectarse a continuar con su vida en otros lares. Esa noche estaba decidido a huir con la muchacha. En su casucha había preparado sus pocas pertenencias y llevaba consigo, escondido dentro de la ropa, el fruto de la chala. Acercándose a uno de los visitantes frecuentes, preguntó:

- ¡Hola parcerero! ¿No sabes en dónde está a la que llaman Pechona?

Medio achispado, el amigo le dijo:- No mi hermano... Desde hace rato que estoy por acá pero no la he visto... Entonces vio los ojos encendidos de su rival. Sabía que si le preguntaba por ella no saldría muy bien parado. Esquivo la mirada y fue directamente al cuarto acostumbrado. Antes de correr la cortina escuchó unos gemidos. Su amante se encontraba acostada boca abajo en su catre. La llamó por su nombre y se acercó para abrazarla. Cuando la chica se dio la vuelta, Manuel se retiró espantado. La cara de la mujer estaba desfigurada por la golpiza recibida en la noche anterior. Los ojos habían desaparecido, no se podía saber que los tenía, pues, los párpados estaban tan hinchados y moreteados que parecía que dos hijos maduros se los hubieran colocado en su lugar; sus labios inflamados le impedían pronunciar palabra alguna y solo sollozos quedos salían de su garganta.

- ¡Pero...! ¿Qué te han hecho, mujer? -Preguntó impresionado.
- ¡El hijueputa del Quiñisa me hizo esto!. -Logró apenas pronunciar.
- ¡Este cabrón es una bestia...!
- Lo hizo por celos de ti... -escasamente salieron las palabras de sus labios.

Manuel quedóse sentado a su lado pensando qué acciones tomar. Estuvo impávido. Llevarla en ese estado calamitoso no le pareció acertado... pero, se dijo, puede ser la única solución. Salió de la habitación manifestándole que regresaría en un momento. Fue hasta el dueño del local y le expuso lo que le había sucedido a la Pechona... El propietario se enteró de lo ocurrido pero le importaba un carajo lo que les pasara a sus inquilinas, sólo le preocupaba si al fin de semana no completaban con la cuota fijada. Pero este era un caso excepcional y

estaba seguro que el estado en que la chica se hallaba no conseguiría un mísero cliente en mucho tiempo. Con unas cuántas pepitas de oro convinieron en el trato: se marcharía del lugar llevándose a su amante esa misma noche. En tanto, el cabrón de la chica había aprovechado ese momento para salir del local y huir del pueblo. El dueño del local les había amenazado con meterles en la cárcel si las chicas sufrían algún daño físico que les impidiera seguir con su noble trabajo. Los cuerpos de las chicas eran su fuente de riqueza.

10.

Luego de pasar hospitalizada por tres días y sus noches en una clínica privada de la ciudad de Loja y ya medio recuperada, acordaron viajar para visitar a la Virgen del Cisne. Luego de muchos percances lograron salir de Nambija aquella misma noche luego de la golpiza. Manuel contrató una acémila por unos cuantos gramos de oro, la acomodó en sus lomos y llegaron a Loja después de varios días de arduo caminar. En el trayecto encontraron gente cariñosa y solidaria, quienes, al pago de unos pocos sures, les prodigaban alguna alimentación y algún recoveco en sus viviendas donde se guarecían del frío nocturno. Sin embargo, las heridas no curaban, los dolores no menguaron, y la desesperación iba en aumento. Rita, - así se llamaba su amante, nombre que le confesó a la mañana siguiente de salir del pueblo minero- en la situación calamitosa que se encontraba, parecía que no soportaría la travesía. Mas sacando fuerzas de flaquezas, haciendo de tripas corazón, iban acortando el camino hacia su destino. En la tarde del cuarto día desde lejos divisaron la Torre del Parque San Sebastian y el rostro de Manuel se iluminó, pero no así él de

Rita que estaba oculto tras su chalina y reclinada sobre el pescuezo de la mula. Las heridas no cicatrizaban y se estaban volviendo purulentas. Cuando ingresaron al centro de salud fue atendida con prontitud, pero el diagnóstico, dado por la enfermera que los recibió no fue nada alentador. Cuando los médicos que le hicieron las primeras auscultaciones no daban muchas esperanzas de que sanaran las curaciones atendidas. Las lesiones apenas sanaban pero Rita habría logrado un escaso restablecimiento debido a la esmerada atención, descanso y alimentación recibida. La tarde del último día que estuvo en la clínica, el doctor que la trataba se acercó a Manuel.

- Mire, señor, su esposa no podrá recuperarse totalmente... -Le dijo a quemarropa. <<¿Mi mujer...?>> pensó Manuel. Quiso confesarle que estaba en un error, que la chica no era su esposa, sin embargo, consideró que mejor fuera que juzgue así... la condición de cónyuges posibilitaría un mejor trato a su amante...
- ¿Qué enfermedad tiene doctorcito...?
- Este... -El doctor tomó del antebrazo a Manuel-, mire mi estimado señor, las heridas en el rostro pueden sanarse en algunos días más...
- Entonces... ¿Se curará? ¿Cómo es que me dice que no se recuperará...?
- Lo que pasa, joven, es que su sangre está contaminada... Primeramente, debo ver los resultados del análisis del laboratorio para confirmar mis sospechas...
- ¿Y qué cree que tenga...? -le pregunto angustiado.

En ese instante, como si alguien estuviera manejando los hilos de su situación, entró una enfermera con unos papeles...

- Veá, ¡qué suertel! –pidió a la señora de blanco los resultados y dirigiéndose a Manuel le dijo-: En este momento tengo conmigo los exámenes del laboratorio... Veré que dicen.

El doctor revisó los resultados. Miró sin denotar nada en su rostro y le dijo a Manuel -: Lamento mucho lo que tengo que decirle... El doctor se acomodó en su asiento detrás de un escritorio desvencijado y Manuel se enderezó en su silla de madera al frente al galeno.

- No voy a estar con rodeos... ¿Qué hacía su mujer...? –pregunto a quemarropa, y prosiguió-: En un principio pensé que usted la maltrataba y le daba esas tremendas golpizas...
- No, mi doctorcito... -le cortó- ¿Cómo cree usted que sea capaz de hacer semejante barbaridad...?
- Veá... a esta clínica llegan, a diario –recalcó ésta palabra-, mujeres golpeadas... por su maridos o por sus padres y hasta por sus mismos hermanos. Entonces creí que su mujer era una más de las tantas que llegan... pero, al analizar las heridas infectadas, sospeché que no eran producto de los golpes recibidos, que algo más le estaba afectando... Así que mande a que le realizaran unos exámenes de sangre. Aquí están los resultados...

Manuel se le quedó mirando esperando recibir el puñalazo en su corazón...

- Según este análisis su mujer... tiene sífilis.
- ¿Sífilis? -. Se alarmó.
- Si mi señor, así es... tiene sífilis.
- ¿Y qué cura le podemos dar...? -Indagó Manuel.

- Pues no muchas... su estado está bastante avanzado. Debe prodigarle mucho cuidado y evitar, eso sí, que vaya a contagiar a otros... -Sólo entonces, el doctor se dio cuenta de lo qué estaba pasando... alzó la vista de los papeles y miró a Manuel al otro lado del escritorio. Sin empacho, le preguntó -: ¿Usted es su marido o...?
- No doctor. No es mi mujer... Manuel le confesó todo cuánto les había ocurrido, desde cuándo la conoció, quién era él y todos los detalles antes de que ella ingresara a centro de salud. El doctor movió su cabeza y se quedó un buen rato con la mirada fija. Luego se des-pabiló y le dijo:
- No hay mucho qué hacer... será mejor que la lleve a su casa y la cuide hasta... No quiso soltar la última palabra, pero le advirtió -: Usted debe hacerse un chequeo médico, pues la enfermedad contraída por su mujer es muy contagiosa e incurable.

11.

Cuando llegaron a la Iglesia de la Virgen entraron con el afán de rogarle y suplicarle a su diosa que la grave enfermedad que padecía Rita le fuera sanada. Habían escuchado que muchos enfermos incurables habían salido sanos luego de visitar a la virgencita. Manuel en su afán desesperado por sanar a su amante llevó consigo todas las pepitas de oro para ofrendar en el altar de la efigie. Los fieles abarrotaban la nave principal de la iglesia que se desbordaba hacia los pasillos y a las aceras circundantes, y copaban todo el espacio cubierto de hierba y tierra alrededor del templo. Avanzaron a paso lento hasta el altar; era tanta la gente que se agolpaba por ver la imagen de

la Churona que tuvieron que esperar durante un buen tiempo para alcanzar el sitio donde se depositaba las limosnas. Manuel sacó, muy bien camuflado en el interior de su ropa, el envoltorio de su riqueza y depositó uno a uno los trocitos de oro. Se quedó tan sólo con unas cuántas, las más pequeñas, para los gastos que debía realizar de regreso a Loja. Rita estaba muy débil y bastante fatigada que le dijo a Manuel que no quería quedarse ni un momento más en el templo ni en aquel lugar. Así que pronto regresaron a Loja.

Ni bien llegaron a Loja, al cuarto de alquiler, Manuel tomó las manos de Rita y ella le contó toda la verdad. Rita sabía de algunas compañeras que habían muerto de esa dolencia... Sólo con escuchar el nombre de la enfermedad se estremeció y se puso a llorar. Manuel la tranquilizó diciendo que la virgencita les iba a proporcionar el alivio y curación de la enfermedad. <<Ten fe... verás que te sanas y nos vamos a vivir lejos de aquí>>, le dijo. Pero ella ya sabía que ese mal era incurable...

- Mi mala vida me ha contagiado -Le dijo Rita.
- ¡No te culpes...! Verás que pronto estarás sanita...
- Debes perdonarme, Manuel.
- ¿Y por qué, pues, tontita?
- Pues... porque debo haberte contagiado...

Hasta ese momento Manuel no se había percatado de la cruda realidad en la que estaba involucrado. Miró fijamente a Rita y sus pensamientos volaron hasta el día en que se despidió de su madre. Recordó la promesa que le había hecho: volvería cuando fuera rico y le llevaría a vivir en Cuenca. Ahora todo se derrumbaba. Toda la riqueza conseguida en las minas la había ofrendado a la virgencita por causa del amor... ¿Amor? Se preguntó si realmente quería a Rita. O era solamente una

ilusión tonta por haber encontrado en ella los placeres de la carne. No sabía cómo responderse. La única verdad era que su amante se estaba muriendo y que muy pronto él también llevaría ese mismo curso. Respiró profundamente y salió a la calle a tomar un poco de aire. Caminó hasta el mercado Central y deambuló por el Parque San Sebastián. No quería regresar al cuarto de arriendo; se le cruzó por la mente las intenciones de abandonarlo todo, de dejar a Rita en la habitación hasta... ¡Qué se la lleven los mil demonios! Entonces sintió una suave brisa que golpeó su rostro, y recordó las delicadas caricias que Rita le prodigaba cada noche que venía cansado de los socavones y el calor de su cuerpo apretado junto al suyo... No. No puedo abandonarla en ese estado, se dijo. Un vez que se cure... Pero, ¿se curará? Iba cavilando mientras sus pasos volvían de regreso al cuarto de alquiler.

12.

Al mes, desde que regresaron visitando a la Virgen del Cisne, Rita falleció. Esa noche Rita sufrió dolores intensos del vientre que las medicinas dadas por el médico no surtían el efecto deseado. Manuel decidió que mejor sería llevarlo al Hospital. Salió a toda prisa a la calle en busca de un taxi. Las calles estaban desiertas más divisó a lo lejos una luces que se acercaban. Levantó su mano para detenerlo pero el automóvil siguió de largo. Le lanzó, lleno de rabia, algunas palabras de grueso calibre y el carro se detuvo, y en seguida retrocedió. Manuel temió lo peor, mas cuando estuvo cerca, el chofer bajando la ventana le preguntó qué estaba pasando. Le respondió que su mujer estaba muy enferma y que necesitaba, con urgencia, llevarlo al doctor. No tardaron en llegar al viejo

hospital, pero en el corto viaje Rita perdió el conocimiento y se desplomo en brazos de Manuel.

Había muy poca gente en la sala de espera y Rita fue llevada al interior apenas los paramédicos vieron el cuadro lamentable de la enferma. No permitieron que Manuel ingrese con ella. No tardó en salir un médico joven para ordenarle que ingrese; así lo hizo detrás del mandil blanco. En una vieja cama estaba su amante, sin embargo, ella no se movía ni daba signos de dolor. Entonces el joven doctor, le dijo: Su mujer acaba de fallecer. Hemos tratado de revivirla pero... Manuel bajó la cabeza y lloró quedamente.

Sin que nadie se entere y sólo él acompañando al féretro llegó a la iglesia donde el cura ofició una misa que consistió en la bendición con agua bendita y algunas palabras de consuelo para el desdichado joven. Luego de depositar el cuerpo de su amante en el cementerio municipal regresó a su habitación, se recostó en su camastro y experimentó la soledad más profunda en su corta vida. No comprendía por qué la existencia de la gente en este mundo fuera tan efímera. Un día se estaba rebosante de alegría, con el futuro expectante para ser llenado de aventuras, de experiencias, de fortunas, de hijos, y al otro día todo se esfumaba y no quedaba nada, sólo los recuerdos de una vida pasajera.

13.

- ¡Estás seguro que fue él!
- Bueno... Está bastante demacrado, parece estar muy enfermo, pero no hay duda de que es él...
- ¿No sería bueno avisar a los papás?

Cuando los padres de Manuel se enteraron de que su hijo andaba deambulando por la calles de Loja no tardaron en tomar, ese mismo día, un autobús que los llevaría a su encuentro. Pero lo hicieron en el más absoluto secreto. Sin que nadie se enterara de nada.

Manuel, a las pocas semanas de enterrar a su querida Rita, empezó a sentir unos fortísimos dolores en el bajo vientre. El dinero obtenido de la venta de sus pocas pepitas de oro se le había agotado y tuvo que abandonar, por la noche y sin que nadie notara su ausencia, el cuarto de arriendo sin pagar la última cuota de renta. Empezó a cavilar si no le sería mucho más conveniente regresarse a su tierra natal: Girón, o quedarse en Loja. Hacer el retorno del hijo pródigo que alguna vez escuchó a su hermano contarle la historia ¿Qué iban a pensar su madre y su papá al verle regresar sin dinero y enfermo? Presumía que los dolores sentidos no eran sino la misma enfermedad que le había llevado a la tumba a su amada Rita. No. No quería regresar en ese estado. ¿Por qué no lo hizo antes? No lo sabía, pero estaba seguro que no sería bien recibido. Estaba muy seguro, sin que nadie lo hubiera diagnosticado, que él también padecía de la horrible enfermedad de la sífilis y ese mal certeramente iba a causarle la muerte y que sería la vergüenza de toda su familia. Así no podía regresar...

Desde que dejó la habitación de alquiler todo el día vagabundeaba por la ciudad y cuando caía la noche se refugiaba en los portales de las casas. Al mediodía merodeaba por los mercados en busca de algún bocado o de alguna peseta.

Una mañana, los dolores sufridos se hicieron insoportables. Sin dinero para costearse una visita médica, pero, con su fe inquebrantable en la virgencita le condujo a tomar un

bus que le llevó al Cisne. Sólo ella me puede ayudar, pensaba. Cuando salió del templo sin dejar nada más que su dolor y su enfermedad en manos de la diosa, se acomodó a la entrada con la esperanza de que algún coterráneo lo reconociera. No pasó nadie conocido. Mas un vecino de sus tíos sí supo quién estaba acostado en la acera; no le dijo nada pues lamentaba que un hijo del Vicente estuviera viviendo en esa calamidad. Cuando el vecino contó de esto a los padres de Manuel, estos negaron que hayan tenido un hijo que se haya ido para Loja.

Cuando papá Vicente, mi abuelo, vio a su hijo tirado en la acera, se enfureció por un instante, y enseguida se conmovió del estado lastimero en el que se encontraba su retoño. Mi abuela, cariñosamente lo abrazó y lloró en sus brazos. Manuel no daba crédito a lo que sus ojos veían, les pidió perdón muchas veces. Lo recogieron y tomaron el autobús de regreso a Girón. En el camino Manuel les confesó lo que estaba padeciendo. Sus padres le rogaron que nunca contara de eso a nadie.

A la semana de haber regresado a la casa de nuestros abuelos, Manuel falleció. No hubo velaciones, ni misas, ni una sepultura con amigos y familiares. Todo se hizo en el más secreto silencio. Nadie en el pueblo se enteró de nada. Nadie, sólo mi madre, quien lloró en silencio su partida, se enteró de lo que pasaba alrededor del misterio de la vida de Manuel. Él antes de partir a Nambija solía jugar alegre y muy cariñosamente con sus dos sobrinos predilectos: mis dos hermanos mayores.

Papi Shanta, le decían sus hermanas; aunque no sé el origen de este sobrenombre, siempre así lo llamaban con el cariño que surge cuando se tiene un solo hermano varón. Era el segundo hijo de Rafael y Beatriz. Su nacimiento vino a cumplir lo que modernamente se ha calificado como el hogar perfecto; tenían de primogénita a una niña: Claudia y el segundo completo el cuadro. Luego les nacería dos niñas más: María Eugenia y Verónica. Shanta estuvo predestinado para templar los corazones de sus padres, hermanos y de toda la familia. Vino para acariciar las fibras profundas del alma. Nos dejó el mensaje enviado de las fronteras eternas y se fue una vez que hubo cumplido su cometido en el mundo de los mortales, regresó a su seno inmaterial dejando imborrables huellas de dedicación, perseverancia, coraje y valor, pero por sobre todo de amor. Amor simple y puro, sincero y tierno, confiado y seguro. Su mensaje infinito y divino: La vida es un pasaje donde sufrir es un espacio solo de valientes; donde el cariño no es una mercancía es un regalo de los dioses para aquellos que saben querer; que la sonrisa no se fuerza en el rostro, que se la brinda sin gestos en la cara; que la mano dadora de amistad es generosa en el sentimiento de los dioses; que las almas grandes nos ofrecen fortaleza cuando nos acompaña por los duros caminos de la vida; que no debe haber temor a enfrentarse al destino, que la mano de Dios está vigilando, resguardando y protegiendo a sus hijos.

Nació un día claro del mes de... cuando los campos estaban en flor adornando y perfumando el ambiente de su derredor; el sol se preparó muy de mañana y calentaba la vida

con francos, sinceros y ardientes rayos esperando su nacimiento. La naturaleza dispuso su camino y no guardó de nada para sí, la generosidad se puso de manifiesto, era su cómplice en el nacer, en el caminar por la vida y en el atardecer del día. Su madre con mucha anticipación alistó todo el ajuar para recibir a su hijo; los sueños de sentirlo niño, de mirarle caminar, de soñar viéndole crecer, de quererlo, de abrazarlo, de mimarle, de prepararle su desayuno y sus almuerzos, de observarlo dormido, de sentirlo enamorado, de ver sus hijos: sus nietos, se agolpaban en su mente elevando plegarias a su Dios para que todo salga bien, no podía esperar otra cosa: confiaba en Dios.

Fue todo un acontecimiento su nacimiento. Rafael desde los primeros dolores de parto de su mujer estuvo atento a que nada salga mal, a que todo marche bien. La Clínica y los doctores que atenderían el alumbramiento estaban preparados para que nada se saliera de su lugar, no podían dejar ninguna actividad al azar: era su primer hijo varón y no importaban los costos. Todo tenía que ir sobre ruedas. Y así sucedió: les nació un niño robusto y lleno de salud.

- ¡Mira tiene la frente igualito al papá!
- Es verdad... la naricita es del papá...
- ¡Ojala no tenga la misma estatura...
- Sí, eso sería terrible...- bromeó su madre sin ocultar la alegría de tener a su hijo junto a su pecho.

Cuando llegó a su mayoría de edad doblaba en estatura a su padre. Sin embargo, su carácter y su forma de comportarse con amigos y familiares era cortez y amable; sin llegar a ser empalagoso su cariño denotaba que su corazón albergaba grandes cantidades de amor y ternura.

En los primeros años los cuidados que le prodigaron fueron excesivos: nada le faltaba, todo estaba a su disposición; el amor y el cariño de su abuela paterna llenó sus días. Su hermana jugaba y dedicaba su tiempo y su espacio llenando la vida de Shanta de bellos y agradables momentos, aunque los celos por el hermanito se le escapaban por ratos, éstos volvían a su sitio, apaciguados por la dulzura y la candidez del niño.

La vida transcurría sin contratiempos hasta que una mañana, luego que acababa de regresar de la escuela, su hermana llamó descontrolada a su madre:

- ¡Mami! ¡Mami! El Shanta se cayó y ...

Antes que termine la frase, Beatriz ya estuvo cerca del niño, le tomó en sus brazos y solo con mirarle supo que algo andaba mal. En la noche apenas Rafael regresó de su trabajo, le describió lo que había sucedido. Muy temprano en la mañana acudieron donde el médico para recibir el tratamiento adecuado, no esperaban que fuera algo del cual sobrepreocuparse. Sin embargo, no faltaron los análisis de sangre, las radiografías, todo lo que la ciencia ponía al alcance de los médicos para dar con el diagnóstico y suministrar la terapia precisa. Le diagnosticaron: Epilepsia. Empezó un largo, delicado y penoso proceso de recuperación. Los días pasaron y la enfermedad no cedía. Lo condenaron a vivir con fármacos por el resto de sus días. Los medicamentos controlaban sus frecuentes recaídas...

Los ataques eran frecuentes, la vida de Beatriz y Rafael, y sus hermanas dependía de la salud de su hermano. Con el tiempo se acostumbraron a vivir con ella. Y fueron cercando su vida y él se enseñó a vivir rodeado de solamente su familia y se alejó de amigos. El temor de que sufriera un ataque

fuera del hogar llenaba de pánico el corazón de su madre. La esperanza de verle alcanzar una profesión se truncó en la mente del hogar, pero no en la de Shanta; a pesar del mal que padecía su espíritu seguía a delante, nada le detenía: devoraba todo libro que caía en sus manos, y la música ambiental y clásica deleitaba sus momentos solitarios, <<No me gusta la música ecuatoriana porque es muy triste y melancólica>> decía cada vez que su madre sintonizaba una radio con ese tipo de música.

Conocer su enfermedad fue una obsesión de Shanta; no dudo en ingresar a la Universidad para estudiar psicología clínica. La profesión le ayudaría a conocerse mejor y podría brindar algún beneficio a otros que padecieran su mal. Su anhelo fue truncado antes de lograr cumplir su objetivo. Su destino era enseñarnos cómo enfrentarnos a la vida...

Faltaba muy poco tiempo para que alcanzara el título universitario cuando tuvo una recaída bastante seria. Su personalidad atrajo a muchos de sus compañeros y amigas, que se ganó fácilmente el aprecio de ellos; llegó a ser parte de la directiva de la Asociación de Estudiantes Universitarios por sus fuertes convicciones políticas, por sus ideales de cambio y por sobretodo por el amor a su estudio y por su solidaridad hacia la gente desposeída. En la primera recaída le fuimos a visitar, esperamos verle desanimado y derrotado, pero no, ahí estaba listo para atendernos aunque su dolor podía impedirlo. <<Parece ser el stress de los próximos exámenes>> decíamos. Su madre atendía a Shanta, y se renegaba al ver que su ánimo no reaccionaba. Los síntomas no eran los mismos de cuando sufría los ataques: ahora sufría de vómitos continuos, mareos y fuertes dolores de cabeza; su semblante estaba pálido y apenas alcanzaba a levantar el mínimo peso. Acudieron

por enésima vez donde los médicos y ellos le dieron un tratamiento agresivo contra el mal que supuestamente padecía. Regresó a la casa, pero nada remediaba la situación. Su cuerpo estaba débil, los vómitos seguían, el malestar de su cuerpo era generalizado.

Poco después, cuando la enfermedad agravaba, fue internado en el Hospital de Seguro Social. Aquí debo hacer una pausa para decir una verdad, una verdad que pertenece solo a mi corazón; puedo ser bastante ofensivo y puede que al final resulte o que de digan que estoy muy, muy equivocado. Pero ocultar lo que mi alma sentía, sería mentirme y negar el gran amor que profesaban los padres y las hermanas de Shanta. Con el perdón de mi hermana, madre de Shanta, de Rafael y de sus hermanas, tengo que anotar lo que mi corazón sentía y aún hoy puedo palpar: Por el estado delicado en el cual se encontraba Santiago, y por los tantos años de cargar, de llevar a costas la terrible y cruel enfermedad, mi hermana estaba cansada de soportar la forma cómo se venía agravando la situación que echaba la culpa de la maldita dolencia al mismo Shanta. Sus hermanas le decían que él no hacía nada para superar ese estado <<Es un estado psicológico>> <<Debes salir de esta situación>> No sé si fue el remordimiento de haber culpado a Santiago de su dolencia lo que provocó en su familia un nacer franco de una dedicación pura, del coraje tenaz, del valor insuperable, y del amor sincero hacia su único hermano, pero lo que vino a continuación en la vida de la familia de Rafael es muy difícil de contar sin que los recuerdos no golpeen otra vez mi corazón y las lágrimas me salten sin haberlas llamado.

El diagnóstico fue un tumor cerebral que afectaba las funciones de partes importantes de su cuerpo (Los médicos

que le trataron de epilepsia nunca se dieron cuenta de que en su cerebro había nacido un terrible mal y ahora se estaba manifestando cruelmente). Luego de varias tomografías le practicaron una perforación de su cráneo con la intención de extirpar el mal. Los médicos manifestaron que no era posible la extracción del tumor, pero tomaron muestras del carcinoma para los análisis de laboratorio. Los resultados no hicieron nada más que confirmar lo que más se temía, pero nunca se lo dijeron a su madre. Una vez que se hubo recuperado de la intervención quirúrgica toda la familia estuvo presente para recibirlo. La sala de espera diseñada para alojar a varias personas se llenó con muchos parientes. Fue en esta sala donde el personal del hospital se acostumbró o toleró, durante mucho tiempo, a recibir a tantos visitantes bulliciosos. Santiago llegaba sentado en su silla de ruedas y saludaba con todos sin perder su dignidad. Las preguntas iban y venían respecto de la condición del paciente, ninguna tenía una respuesta certera de lo que realmente estaba ocurriendo.

Cierto día de visita, como los tantos que tuvimos que acudir para ver la condición de Santiago, estuvo presente su tío, hermano de Rafael, con quién nos enfrascamos en diferentes temas de conversación. En uno de ellos me manifestó:

- Creo que Rafael debería sacarle de este hospital. Deberían llevarlo a una clínica privada... ¡Aquí no lo van a curar!
- El Hospital de Seguro tiene muy buenos médicos y ellos están haciendo todo lo que demanda la ciencia para que él se cure...- respondía.

Pero el hermano de Rafael no sabía que los resultados de los análisis le dieron a conocer tan solo al padre y él los guardó tan dentro de su alma y corazón con la fiereza del

león que protege a sus críos. Se sentía en capacidad de soportar el dolor solo. Nunca quiso negar la difícil situación por la que estaba atravesando. A la verdad no hizo conocer a su mujer y a sus hijas porque sabía que en el momento en que salía a luz esa verdad: cruel e insoportable, su hogar se derrumbaría inevitablemente y él y todos serían llevados por esa misma corriente. Tenía que soportar estoicamente todos los pesares sin que saliera de su boca esa cruda y dolorosa realidad. Pero aún sabiendo la verdad nunca se despidió de la esperanza, la confianza estaba puesta en su fuerza de voluntad, en la fortaleza de su hijo y en el amor de Dios.

La atención que todo el cuerpo médico hacía por Santiago era de lo mejor. Las enfermeras no dudaban ni un solo instante en brindar la ayuda, los medicamentos y su cariño especial por este paciente. El cuarto de Santiago siempre estuvo lleno de gente: sus padres, sus hermanas, sus primos, sus tíos, sus amigos, y muchas veces nos acomodamos en los pasillos ocupando todas las sillas de los otros visitantes. Aunque debía incomodar al cuerpo médico y otros pacientes, las enfermeras nunca se molestaron en llamarnos la atención. Beatriz y Rafael estaban siempre presentes. Su vida se desarrollaba entre el cuarto del hospital de Santiago y la casa para comer y descansar lo que se podía. Las fuerzas venían de quién sabe dónde, pero constantemente estaban atendiendo al paciente en sus necesidades.

Los primeros meses de la enfermedad Santiago se la paso recibiendo sus visitas en la sala de espera general del hospital, cubierta su cabeza con una venda y sobre ella una gorra de fina lana. Sin perder su valentía, se descubría y nos dejaba ver la protuberancia que sobresalía en el cráneo. Luego de la visita: unos decían que la protuberancia era mayor, otros

comentaban que seguía igual y otros, más optimistas, manifestaban que había disminuido. La perforación realizada en su cabeza permitía que el tumor creciera hacia fuera, esto permitió que el cerebro no sintiera los efectos compresivos que el tumor creciente pudo ocasionar.

Las cualidades motrices de Santiago se iban afectando. Primero fue su pie derecho, luego su mano y después todo su medio cuerpo. Las visitas recibidas en la sala general ya no fueron posibles. Nos recibía en su cuarto. Su madre y sus hermanas lo tenían siempre limpio: cortado el pelo, rasurado y la ropa cambiada. Imagino lo que tenía que pasar cuando las visitas nos marchábamos: Las necesidades de ir al baño ayudado de su padre, de comer de sus hermanas, de...

Una tarde luego de visitar a Santiago, le comenté con mi mujer que solo la fe en Dios podía sacarle a Santiago de esta crisis. Pero la fe y la esperanza siempre estuvieron presentes y duró mientras duró los días de la enfermedad. Aún cuando la vimos a Beatriz llorar muchas veces la tenacidad por seguir adelante persistía. Nunca les doblego el cansancio aunque la tristeza era evidente; las fuerzas del cuerpo y del alma estuvieron presentes en todo momento y lo que nos heredó Santiago: Nunca escuchamos de sus labios ni una sola queja o rechazo a su situación. Nunca rechazo esa clase de vida. Nunca renegó de Dios, nunca maldijo su condición. La valentía de seguir en ese estado lo soportaba como el guerrero que tiene que salir a la guerra a defender a sus hijos y a su familia sin derramar una sola lagrima que denote su flaqueza; nunca miro atrás en su camino, el sendero estaba trazado y la vista estaba apuntando hacia delante. Lo aguantó con hombría de bien hasta el último suspiro.

El tumor continuó con su ataque. Una mañana Santiago cerró sus ojos. No los quiso abrir porque ellos no veían nada. En cada visita, su madre debía nombrar al recién llegado. Las llagas de su cuerpo, causadas por el prolongado estado de reposo, debían causarle mucho dolor y molestia y aún así lo toleraba; porque lo que él menos quería era causar molestias. Sus hermanas la complacían con algunos bocados que cuando sano los sabía degustar con mucho placer. Ese día me despedí de la visita con un fuerte abrazo y le di un beso en su mejilla rogando a Dios que velara por la salud de él. Una lágrima rodó por mi mejilla y salí sin que supiera ni notara mi dolor por verle en esa situación.

Las fuerzas iban en desmedro; las facultades físicas estaban agotadas. Sin embargo, la esperanza seguía vigente, la lucha por la vida tocaba los clarines y no había tiempo de pensar en la derrota. El dolor estaba presente pero el coraje no plegaba sus manteles. La vida continuaba disfrutando en sus frágiles días, el sol abrigaba sus pocos y finos cabellos, sus manos apretaban los delicados hilos de la ternura, su cuerpo se alistaba para la gran batalla, los manjares dispuestos en la mesa estaban servidos, los invitados se alistaban a disfrutar de la vida.

Una tarde cuando las nubes dieron paso al débil calor de inicios septiembre y el viento se colaba por las persianas del hospital, las visitas que habíamos acudido ese día, desbordando los pasillos, quedamos estupefactos al escuchar un grito desgarrador de mi hermana:

- ¡Mi hijo se ha ido! ¡Mi hijo se ha ido!
- ¿Qué pasa? – Apenas alcance a decir, cuando observé que mi hermana desmayada salía del cuarto en brazos de Rafael. Enseguida todas las enfermeras de turno corrían apresu-

radas para auxiliar a la nueva paciente e ingresaban al cuarto de Santiago para comprobar que había caído en coma profundo. Al reponerse de su estado pudo darse cuenta que la vida le tenía preparado muchos sufrimientos más. En los rostros de los presentes se pudo apreciar el brillo amarillo del sol reflejado en el fino y delicado flujo de los ojos. Caminé alejándome por el pasillo y con los ojos anegados de lágrimas pude ver borrosamente un acróstico de Santiago pegado en la cartelera de avisos del hospital.

El coma de Santiago duró por algunos días. Días largos y penosos. La resignación tocó las puertas del hospital, llamó al cuarto de Santiago, recorrió por los pasillos desolados y se difuminó en la amplia sala de espera, y finalmente aminoró sus pasos y se quedó amortiguando el dolor de la familia, adormeciendo el corazón de Beatriz, aplacando la fortaleza de Rafael, arrullando el llanto de sus hermanas.

Esa misma noche me quedé frente a mi ventana preguntando: ¿Hasta cuándo y hasta qué medida un cuerpo puede soportar tanto dolor? ¿Qué capacidad de soporte tiene la mente humana? ¿Puede el espíritu humano resistir tanto sufrimiento y pena? Me acerqué sigiloso al cuarto de mis hijos y abriendo la puerta de cada uno de ellos observé que estaban dormidos y me doblegó el dolor y se estrujo mi alma: Nunca me atrevería siquiera a pensar que alguno de ellos me faltara un día. Regresé a mi cuarto y aprovechando que estaba vacío me arrodille frente a mi cama y le exigí a Dios que tome cartas en el asunto. Pero ¿qué derecho tenía para exigir una solución al problema? Ninguno, pero si la situación no desembocaba en algún desenlace, el estado de las cosas pasadas y soportadas terminarían por acabar a toda la familia. Me de-

rrumbaba a pesar de que no era mi propio dolor. Dejé de creer en Dios.

Cerca de la media noche recibimos una llamada. Mi mujer contestó. Santiago había decidido que no podía seguir causando tanto dolor en su familia; él sabía que su valentía consistía en seguir solo el camino de lo desconocido; estaba preparado para recorrer la senda infinita; no le atemorizaba seguir solo de ahora en adelante. Al otro lado le estarían preparando la bienvenida: todos los que habían partido antes que él.

Nos vestimos y salimos hacia la morgue del hospital del Seguro. Se encontraban algunos parientes y toda su familia. Al llegar me abraza con fuerza con Rafael y luego con mi hermana. Sus hermanas no podían contener el dolor que les provocaba la partida de Shanta. Lágrimas asomaban en todos los rostros. Percibí una inmensa pena mezclada con una suave tranquilidad. Reunidos en la antesala de aquel frío lugar esperamos que el cuerpo salga. La decisión de Santiago era que su cuerpo fuera cremado y depositada sus cenizas en el Cementerio de Santa Ana. Mientras echamos algunas bocanadas de humo de cigarrillo conversamos sobre lo que había sido la vida de Santiago y el consuelo por ver a sus padres y hermanas liberadas de tanto sufrimiento. Pero el sufrimiento no había terminado recién empezaba. La falta física de su hermano perduraría por muchos meses y en mi hermana, su madre, por algunos años...por toda la vida. En cada acontecimiento nuevo que se festeja en la familia siento que la felicidad no es completa; así como nos hace falta a nuestra madre en cada evento, comprendo el vacío profundo que embarga sus corazones. El gozo ya no es total: nos falta algo...

Luego de pasado un breve momento se acercó un automóvil que llevaría a Santiago hacia el Crematorio. Sacaron su cuero envuelto en fundas plásticas. Deseé verle por última vez, pero las circunstancias no me lo permitieron y hoy me dijo: <<mejor no haberlo visto en su partida>>, mi mente lo recuerda cuando salía a recibirnos en su casa sin denotar ningún signo de molestia; recuerdo su amabilidad y cortesía con que nos recibía y nos invitaba a pasar; lo recuerdo hidalgo sentado en la silla de ruedas soportando valientemente lo que la vida y los dioses le habían deparado; lo recuerdo con su sonrisa, con su sencillez, con su orgullo; recuerdo la ropa que vestía, su gorro de fina lana; recuerdo su rostro vivo y alegre; recuerdo a Santiago tal como se presenta en la foto que su familia tiene en su sala.

Sus cenizas están depositadas junto a la tumba de nuestra madre, su abuela, en el Cementerio Santa Ana, a donde acude frecuentemente su madre y su papá para depositar una flor recordando su corta y bella vida en nuestra compañía.

Un amor especial.

Mi hermano me había acompañado, como sucedía todos los días, para ingresar a la escuela. No quería entrar al recinto y lloraba agarrado a las barandas metálicas de la puerta. Era tanto mi llanto que el alboroto llamó la atención de la directora quién tuvo que abandonar su despacho para consolarme y tomándome en sus brazos acudí temeroso hasta el aula donde los otros niños, sentados tranquilos en sus pupitres, me miraban recelosos de mi comportamiento. No. No había ningún muchacho con esas facciones extrañas. Sin embargo, podía haber jurado que vi entrar, a varios de ellos, tomados de las manos de sus papás. Avergonzado me senté en el lugar que me correspondía y el compañero sentado al lado mío puso su brazo en mi hombro y me sonrió. Me tranquilizó pero me sentí un tonto por haber ocasionado tanto guirigay. Mi sosiego duró hasta que sonó la campanilla para salir a los patios de recreo. Apenas avancé unos pasos cuando divisé entre los demás niños a esos excepcionales muchachos. Me quedé paralizado, estupefacto ante las facciones distintas y raras: sus pasos lentos, sus ojos rasgados, sus caras anchas y redondas y sus amplias frentes me sobrecogió. Quise retornar a la clase pero mis compañeros me apremiaron para que les acompañara hasta el patio trasero para jugar con sus carritos de acero. Trague saliva y saqué fuerzas de mi flaqueza para atravesar toda la plataforma. Me dije ilusionado que cruzando ese patio ya no me vería con ellos, sin embargo, me desengañé al ver que en ese espacio muchos de ellos jugaban alegremente sin que los otros niños se dieran por enterados. Mis traumáticos primeros días pasaron y, de a poco, me fui acoplando y acos-

tumbrando a esas presencias. Los demás años de la escuela, hasta el colegio, conviví con esos niños. Con el tiempo ya no me parecieron raros. Más bien, todo lo contrario, eran cariñosos y alegres, incluso llegué a trabar amistad con algunos de ellos. Con uno de ellos, nuestra relación de amigos, perdura hasta estos momentos. Claro, parece que su característica o síndrome no fue o es profundo y ha logrado debatirse normalmente en el medio hasta alcanzar una completa aceptación social y lograr algunos éxitos laborales.

Se puede decir que tuve suerte de haberlos conocido desde temprana edad. Eso me ha ayudado a ser tolerante con las deficiencias o carencias de los demás, a aceptar las diferencias y, sobre todo, a comprender y amar al ser humano en sus diversas facetas y condiciones. Desde mi posición de niño, salido de una barriada humilde de la ciudad, llegué conocer sus comportamientos y sus debilidades, pero también sus fortalezas y a sentir sus afectos tiernos y sinceros. En la sociedad de esa época, hace más de cuarenta años, era impensable que esos niños tengan un trato social aceptable. Eran invisibilizados por sus padres y su familia. Me parecía que los que contaban con algunos recursos económicos se atrevían a inscribirles en los pocos centros de educación especializados para estos jóvenes; es más, ni siquiera existían sitios adecuados o especializados para su educación menos para su tratamiento y explotación de sus potenciales cualidades. Mi colegio fue pionero en Cuenca en acogerlos y me siento orgulloso de haber sido parte de esa sociedad incluyente. En cambio, mis amigos del barrio poco estaban enterados de la existencia de este tipo de niños, ni ellos ni nuestras familias tuvieron esa suerte. Al escribir esto me recuerdo de mi buen amigo Ricardo (he cambiado el nombre para proteger su identidad), y él

era uno de esos chicos especialísimos. Pero no lo supimos sino hasta cuando llegamos a nuestra juventud y nuestra madurez. De niño era uno más de los chicos del barrio y era tratado igual y se le exigía las mismas travesuras y diabluras que a todos nosotros. Ni más ni menos. Aunque muy rara vez, ahora, lo veo caminar por las calles, siempre lo hace solo y con la mirada fundida en su mundo. Pareciera que su vestimenta no ha variado desde que partí del vecindario donde pasé toda mi niñez y parte de mi juventud: su casaca descolorida de un café desmayado y sus pantalones: caquis con pinzas delanteras, bastante holgados y con las vastas arrastrando el suelo. Cuando me cruzo con él es infaltable mi saludo afectuoso y la palmada sincera en sus hombros. Él también me recuerda y solemos conversar de cosas triviales durante un breve momento hasta cuando él mismo decide retirarse y seguir en su camino abstraído en sus cosas y su universo.

Son esos niños con Síndrome de Down y los Autistas. Los eufemismos utilizados para nombrarlos han sido injustos con ellos, los encasilla en grupos aparte de la sociedad. No obstante ellos tienen sus nombres y apellidos, sus vivencias propias, sus anhelos, sus esperanzas, sus creaciones, sus ilusiones, sus sueños, sus sentimientos, y sus amores... Que por qué les cuento esto, pues, hace poco conocí una historia que me gustaría compartirla. Está llena de incomprensiones y rebeldías, pero también de ternura, de amor y de mucho cariño.

1.

Cuando su padre escuchó la noticia que pronto se dictaría una ley para que todas las Empresas tengan dentro de su nómina de trabajadores de, al menos, el cuatro por ciento de personas

con capacidades especiales, no dudó en comunicar a su esposa para, juntos, convencer a su hijo para que se enrolara en la Compañía Eléctrica de la provincia. Nunca imaginó que esta oferta de trabajo se presentaría para su hijo. Apenas supo del ofrecimiento realizado por las autoridades del Gobierno Central recapituló mentalmente toda la vida de su querido hijo Pablo. Acudió a su mente la primera vez que su esposa visitó al ginecólogo y recordó la mirada recelosa del médico. Había escuchado, veladamente de amigos y parientes, que siendo su mujer primeriza y cerca de los cuarenta años, cabía la probabilidad de que su hijo, que su amada esposa llevaba en el vientre tuviera alguna complicación. El doctor al recabar información de la paciente para llenar la ficha médica evitó comentarle sobre lo que decían las estadísticas sobre casos similares, por lo que, buscó el subterfugio de enviarle a que se realizarán algunas pruebas de laboratorio y exámenes adicionales. Es lo normal, le había dicho, queremos estar seguros de la edad del feto y la posición del niño dentro de la matriz. Con los resultados, el médico les comunicó que debían afrontar las consecuencias económicas, familiares y sociales de un hijo con el Síndrome de Down. En un principio guardaban la esperanza de que el doctor se hubiese equivocado o que había un error en el diagnóstico... Pero, al mismo tiempo, compró varios libros sobre infantes iguales y, sobre todo, anhelaba aprender en cómo criar a un niño especial...

Pero el camino se conoce caminando.... No quiso que nadie se entere que tendría un hijo así, todo el proceso de gestación lo guardó en su corazón, sin participar de su preocupación y temor ni a su mejor amigo. Cada rato se repetía que lo amaría a pesar de todas la dificultades que tendría que afrontar. El día del alumbramiento, que fue programado para

una cesárea, salió muy de mañana con su esposa rumbo a la clínica. Solos. En el trayecto su mujer le confesó que tenía mucho miedo del futuro que les esperaba y le rogó que le acompañara y entrara con ella a la sala para el parto. Así lo hizo. Aún recuerda el momento sublime cuando el niño dio sus primeros gritos y, corrió al lado de su esposa para felicitarle... vio al niño, todo rosadito, los ojos cerrados y cubierto todo su cuerpecito de una sustancia pegajosa... Parece que el doctor sí se equivocó, se dijo, y tomó a la criatura con toda la ternura de su alma y lo cobijo en sus brazos, y nació en él el más grande amor que jamás sintió en su vida.

2.

Hoy que lo lleva en su auto rumbo a su primer trabajo está muy orgullo de su hijo, sabe que responderá con creces a las expectativas de los gerentes de la empresa. Su papá lo deja en la puerta y se marcha a su propio trabajo. Sabe que desde éste día ya no necesitará más de él.

Muchos clientes están enfilados en el vestíbulo del edificio esperando realizar gestiones con los funcionarios encargados de los trámites burocráticos. Cuando Pablo ingresa, con paso decidido, hasta el puesto de información, varias miradas se dirigen a su caminar. No le molesta y le importa poco que lo observen. Se acomoda su terno y se asoma a la ventanilla de atención. Por un instante, que le parecen horas, su cuerpo se paraliza y no puede articular palabra. Había repasado varias veces lo que tendría que decir, pero, al ver a la mujer que estaba detrás del escritorio, solo le mira a los ojos. Es muy bella, se dice. La señorita notando la ofuscación de Pablo, sonríe y,

haciendo un sonoro chasquido de sus dedos lo vuelve a la realidad.

- Dígame caballero, ¿en qué le podemos ayudar?

Pablo no sale de su asombro.

- ¿Usted trabaja aquí...? —se limita a decir.
- Sí señor, desde hace ya tres meses... -no le molesta la pregunta, sin embargo, le apremia a Pablo para que le informe su necesidad:- ¿Con quién desea hablar...?

La chica de mis sueños, piensa Pablo, que no deja de mirarla. La joven le sonría nuevamente y haciendo gala de su paciencia innata le repite la pregunta.

- ¿Desea conversar con algún profesional...?

Pablo mueve su cabeza de un lado para otro con la esperanza de que no haya ninguna persona a su alrededor y fija su vista a la computadora de la chica... ¿De verdad usted trabaja aquí?, le pregunta.

- Si... -dice la chica, y vuelve a sonreírle.

La sonrisa de la chica le pone a Pablo en las nubes. Es una sonrisa sincera que irradia felicidad y satisfacción plena de atender a la gente que llega a su puesto.

- Yo... yo también vengo a trabajar acá... ¿Me puede decir dónde está la oficina del Gerente? —logran salir las palabras, pero suenan como si hubiera alcanzado el premio máximo de las Olimpiadas. El gozo le salen por los poros...
- Siga por este pasillo al fondo...

Cuando ya se dirige hacia el sitio indicado Pablo se despide manifestándole que le gustaría volverla a encontrar...

- Aquí estoy todos los días. — le responde con una nueva sonrisa.

Pablo se aleja contento y no deja de, cuando en cuando, mirar a la oficina de la chica...

3.

Pablo fue asignado a la oficina del Centro de Control de llamadas. Su trabajo consistía en recibir los reclamos telefónicos de los clientes, anotar en su PC la hora de la llamada, el asunto, el nombre del reclamante, la dirección y enumerarlos secuencialmente. Luego tenía que pasar, en orden de llegada, al personal de mantenimiento para que el asunto que motivó el timbrado fuese solucionado. Su función demandaba tino y mucha paciencia con los usuarios, debía atender solícito los reclamos. Había clientes que llamaban muy enojados porque sus problemas, según ellos, no habían sido resueltos por algunos días. Los otros compañeros de oficina le advirtieron sobre este inconveniente. Le contaron que la chica que hacía este trabajo se hartó de tener tanto aguante y había, hace un poco más de una semana, estallado. Quién había hecho la llamada era un miembro destacado del gremio empresarial y pasó la queja al Gerente General. Las consecuencias no tardaron en manifestarse. Le reubicaron a otro puesto... poco faltó para que fuera despedida. Con los antecedentes Pablo estuvo alerta y, ante todo, quería demostrar que, a pesar de su condición, estaba a la altura de cualquier empleado para cumplir a cabalidad la misión encomendada.

En el primer día de trabajo no recibió muchas llamadas, y las pocas que Pablo atendió lo hizo con voz temblorosa; quienes estaban al otro lado de la línea, al escucharle, disminuían el tono de voz y aceptaban con agrado las respuestas de satisfacción. Cuando acabó su turno regresó al sitio de la

chica de información, pero, al pasar por delante de la cabina ésta ya había desaparecido. Hizo una mueca de desagrado y salió resignado del edificio. Varios empleados hacían otro tanto y, como polvo que lleva el viento, en instantes no había nadie en la puerta de ingreso. Él también partió rumbo a su casa a contar de su primera experiencia a sus padres. No les dijo nada sobre sus sentimientos; aún es muy pronto para contarles que algo bulle en mi corazón, se dijo.

Los días transcurrían sin muchas novedades. Cada día se iba asentando en sus labores y de a poco empezó a gustarle que la gente se comunicara. Cuando recibía una llamada nunca se puso a la defensiva y los atendía con agrado: era como si estuviera atendiendo a un gran amigo, parecía que esperaba con ansia los reclamos, pues se entretenía conversando con ellos y, había ocasiones en que escuchaba impasiblemente de otros problemas, ajenos a la Empresa, de la gente. Los compañeros de oficina se sorprendían de la actitud de Pablo, y no tardó en ganarse su cariño.

4.

Una tarde, al final de su jornada, le confesó a un compañero que, antes de partir para la casa, deseaba pasar por la cabina de información. Este le miró con extrañeza pero no dijo nada. Al llegar al puesto de la chica el asombró inundó su rostro. ¿Será posible? ¿Pablo enamorado? ¿Una persona con Síndrome de Down puede enamorarse? La joven estaba alisándose para salir y guardaba los papeles en las gavetas de su escritorio. Pablo le hizo una mueca para que le dejara solo. Su colega al observar que la chica era de la misma condición de Pablo, sonrió y se alejó. Pablo se detuvo delante de la puerta

hasta que la chica decidiera salir. Cuando la joven, sin percatarse de la presencia del muchacho, se acercó a la puerta de salida se sobresaltó y retrocedió sus pasos.

- ¡Hola! –le saludo Pablo.
- ¿Si...? Ya estoy de salida... -logró responder. Estaba aturdida.
- ¡Hola! –le saludo nuevamente.

La chica sintió temor. No recordaba haberle visto por la Empresa y supuso que podía hacerle algún daño. Pero mantuvo su compostura y le preguntó:

- Dígame, señor, en qué le puedo ayudar?
- ¿No se acuerda de mí? –le tranquilizó Pablo, y le sonrió.

El rostro de la chica se iluminó, le devolvió la sonrisa y se disculpó por no haberle reconocido. Para pagar el precio de su olvido se acercó y le dio un beso en su mejilla. Pablo se aturdió y no pudo pronunciar palabra.

- Si... Ya recuerdo... -dijo a modo de disculpa.

Pablo ocupaba todo el umbral de la puerta y se retiró para dejar paso a la chica. En ese breve instante un infinito cúmulo de ilusiones y aromas inundo el ambiente que pasmó al visitante.

- Me tengo que ir... Mi padre me espera en el parqueadero.
- ¡Ah! ¡Qué bueno! ¿Puedo...? –Pablo no logró terminar la frase.
- Ingreso al trabajo a las ocho de la mañana... y, si llegas temprano, te haré pasar en primer lugar... -dijo la chica. Pensó que el joven deseaba otra cita con el Gerente.

- No. No deseo conversar con el Jefe... ¿Puedo...? – otra vez no le salió su deseo.
- Mañana... ven mañana... -dijo la chica mientras se alejaba.

Desesperado Pablo alcanzó a pronunciar su propuesta: ¿... acompañarte hasta la salida? La chica ya estaba lejos para escuchar lo que decía.

5.

Esa misma noche le contó todo a su mamá. Luego su madre le transmitió a su esposo lo que le estaba sucediendo a Pablo. Las preocupaciones afloraron en los corazones de sus padres. Sabían que tarde o temprano Pablo se iba a enamorar y, aunque habían leído acerca del amor en parejas de su condición, y que muchos matrimonios con su estado habían logrado independizarse y valerse por sí mismas, la duda y las angustias se hicieron presentes. No sabían cómo afrontar esta nueva etapa en la vida de Pablo. ¿Qué tal si deciden tener hijos? El amor no se puede evitar, que se enamore estaba correcto, pero qué de los hijos... Tenían confianza en su hijo, había demostrado mucha madurez y responsabilidad en todas las actividades que había emprendido, pero no estaban muy seguros si podría enfrentar sólo un hogar. Dejemos que se desenvuelvan las cosas, le dijo el esposo, y ya tomaremos las acciones que nos correspondan...

Cuando Pablo salió, a la mañana siguiente, rumbo al trabajo, el corazón de su madre se hizo un nudo y no pudo aguantar que de sus ojos brillaran unas lágrimas. ¡Mi Pablo querido!

Pablo se había puesto sus mejores galas y se alejó del hogar dispuesto a cumplir con su cometido. Estaba decidido: llegaría antes que ella y le esperaría en la puerta de ingreso para terminar la frase. En el momento en que la chica apareció, se acicaló su corbata, pasó con sus dedos húmedos de saliva por el pelo y adoptó una postura de galán similar a la que se había fijado en alguna telenovela. Cuando la chica estuvo frente a él le saludo cortésmente:

- ¡Buenos días, compañera! ¿Se acuerda de mí?

La joven le miró sonriente y le devolvió el saludo amablemente.

- ¡Cómo esta, señor! Claro que me acuerdo... Espere un momento para encender mi computadora y le doy la cita ahorita mismo...
- No he venido para sacar una cita con el Jefe... –le dijo mirándole a los ojos color castaño de la chica-. Estoy aquí, muy de mañana... para invitarla a salir...
- ¿Salir? –le respondió sorprendida- No puedo, señor, tengo que trabajar...
- ¡Al terminar el trabajo...! –sonrió y pregunto decidido: ¿Qué me dice?

La joven le miró divertida... y le contestó:

- Mi padre me viene a ver todos los días... No puedo...
- No puede o no quiere... – le respondió un tanto enojado.
- No lo sé...

Ante la indecisión de la joven Pablo le prometió que volvería al fin de la jornada.

Y ahí estaba, a las seis en punto. Antes de que la chica abandonara su puesto de trabajo Pablo se plantó en la puerta de ingreso.

- ¡Aquí estoy! –le dijo a modo de saludo.
- Ya veo...

7.

Desde ese día, todas las tardes, después de la jornada de trabajo, Pablo acompañaba a la chica hasta el parqueadero en donde le esperaba el automóvil de su padre. En ese breve espacio conoció que la chica se llamaba María Carla, que su padre había enviudado en el nacimiento de ella. No se había vuelto a casar y ella era la adoración del papá. Era todo lo que tenía y la cuidaba como niña de sus ojos. También le contó que su padre estaba intrigado por el acompañamiento diario de él. Ella le había dicho que era solamente un compañero de trabajo y esto consolaba a su padre. Pero no era así. El amor florecía en sus corazones. Los sentimientos eran compartidos y ambos esperaban con ansias a que el día de labores terminará para compartir el pequeño espacio hasta que él la dejaba en el parqueadero. Muchas veces Pablo quiso escaparse de su puesto de trabajo para ir a visitarla y compartir con ella el fiambre del día, pero no, su responsabilidad con sus funciones le impedían tener esa satisfacción. Su trabajo era muy importante y no podía fallarles a sus padres, a la Empresa y a él mismo. Una tarde, una de esas tardes inolvidables, de aquellas en las cuales los sucesos quedan impregnados en la profundidad del alma, María Carla le dijo que ya era hora de comuni-

car a su padre que los dos estaban enamorados. Pablo estuvo de acuerdo y que él haría otro tanto con los suyos.

8.

Lo inevitable había llegado. El padre de Pablo se puso en contacto telefónico con el papá de María Carla y concertaron reunirse ese mismo fin de semana en la residencia de uno de ellos. Cuando Carlita, que se la pasaba los sábados haciendo la limpieza de la casa, escuchó el llamado a la puerta nunca espero que un señor de pelo cano, elegante y bien parecido acompañado de una señora muy guapa llegara a visitarles, y menos que aquella pareja fueran los padres de Pablo. ¿Qué está pasando aquí?, se preguntó. Ella estaba con ropa de casa y desilusionó a los visitantes. Los progenitores pasaron al despacho privado de su padre e indicó a Ma. Carla que les llevará alguna bebida. En el momento de ingresar con los batidos de naranja y leche escuchó que sus respectivos padres hablaban de ellos.

- ¿Por qué están hablando de nosotros? – inquirió.
- No. No es nada – le dijo su padre.
- Pero escuché decir mi nombre...

Los presentes se miraron sorprendidos buscando alguna explicación. El padre de Ma. Carla rompió el silencio.

- En verdad... Sí. Hablamos de ustedes, y de lo orgullosos que estamos que ya estén trabajando... De lo bien que... Carla le interrumpió. No requería más explicaciones para comprender que estaban preocupados por la relación que mantenía con Pablo.

Dejando la bandeja con las bebidas en la mesa de centro, se acomodó sus cabellos lisos detrás de las orejas y les manifestó:

- Mire papá... -observó a los padres de Pablo de soslayo-, sé que están intranquilos por la amistad que Pablo y yo mantenemos...
- ¿Solo es una amistad? -Dijo suavemente la madre de Pablo sin dejar que terminará la frase.
- Pues, sí. Es solo una buena amistad... Pero no puedo negar que Pablo me gusta mucho... Y sé que yo también le gusto. -La respuesta no satisfizo la inquietud de los padres. Ella percibió en el ambiente la hipocresía y la mentira. Volvió a colocarse el pelo tras las orejas y dijo finalmente:- Está bien, nos queremos... -El rostro de Carla se ruborizó y los padres de Pablo bajaron la mirada para disimular su sorpresa. Carla, continuó hablando:- ... nos queremos y hemos pensado en comunicarles a ustedes... Pero no pensamos que sería así. Pensamos que ustedes se pondrían muy felices - una lágrima rodó por su mejilla que no se molestó en secarla-, contentos de que nosotros también lo somos...

Ma. Carla se aliso el pelo y volvió colocarse detrás de las orejas. Quería gritarles que les dejarán ser felices... Dando media vuelta salió de la habitación. Su padre le siguió para detenerla... Los papás de Pablo estaban completamente aturridos, se veían en una situación bastante molesta e incómoda. Se pusieron de pie y desearon que la tierra se los tragara. Al rato el padre de Carlita regresó a la sala y pidió disculpas por el comportamiento de su hija. Los papás de Pablo no dijeron

nada. Solo se miraron a los ojos y pidieron que les dejara marcharse...

Cuando los padres de Pablo se hubieron marchado el papá de Carla fue a la habitación de ella. Se había encerrado con llave. Golpeó suavemente la puerta esperando que la hija le abriera. No lo hizo. Apegado en el umbral le dijo muchas veces que le perdonará, que él deseaba lo mejor para ella, que lo más importante para él era que ella fuera feliz... Luego de algún tiempo de estar suplicando su perdón Carla abrió la puerta. Los ojos de su padre estaban hinchados de tanto llorar... Carlita abrazó a su padre y este le confesó que no quería separarse de ella, que ella era todo lo que tenía. Ma. Carla le dijo que no iba a perder a su hija sino que ganaría a un hijo... Esto sorprendió al padre. No esperaba nunca una respuesta de esa naturaleza. Era verdad. Su hija había madurado y estaba lista, se dijo, para afrontar un hogar.

9.

Al día siguiente Ma. Carla y Pablo se reían a mandíbula batiente recordando lo que había pasado la noche anterior. Ella lo contaba con tanta naturalidad y gracia que Pablo no dejaba de reírse. Carla le abrazaba y él se cogía el estómago para evitar los espasmos. Estaban contentos. Eran felices. Al acercarse al parqueadero esperó ver a su padre como lo hacía todos los días, empero, el sitio estaba vacío. La figura acostumbrada del automóvil había desaparecido. Carla dejó de reírse. Pablo que lo seguía haciendo no se percató de la expresión que transformó el rostro de su novia.

- ¡Pablo...Pablo! —casi le gritó—. El carro de papá no ha venido.

Pablo se despabiló y calmó su risa.

- ¿Qué hora es? Esperemos un momento. Debe haber tenido algún retraso...
- Pero nunca me ha fallado. Siempre está a la hora puntual...
- Siempre hay una primera vez...
- ¿Seguirá enojado por lo de anoche...?
- No. No creo. Tú me acabas de contar que te pidió perdón y que estaba feliz de que estuvieras enamorada...
- No quiero pensar mal... Pero esto me trae mala espina.
- No. No pienses así. Ya pronto estará aquí. Te aseguro.

10.

Lo que Carla no sabía es que su papá, luego de haberla pedido perdón y cuando ella regresó a su habitación, llamó secretamente por el celular a Pablo. En esa conversación de hombre a hombre, así le dijo, le había hecho prometer al joven que cuidaría mucho a su hija. Que le brindaría todo el amor, cariño y cuidado que merecía su amada Carlita. Pablo le fue sincero y le manifestó que amaba mucho a Ma. Carla y que ambos estaban decididos a casarse y formar un hogar. Que si el destino los bendecía tendrían tantos hijos como arenas de la mar... Luego de la promesa sonsacada, Pablo se atrevió, iluminado por el sentimiento que abrigaba su alma y corazón, a pedirle que sea su cómplice en la pedida de mano.

- No viene mi padre...

Pablo se acercó hacia ella y la abrazó. Hacía esfuerzos sobre-humanos para guardar su secreto. Delicadamente la condujo

hasta una jardinera del lugar y se sentaron al borde del muro. Este era el mensaje que el papá de Carla estaba esperando. Al rato entró una banda de mariachis escoltados por los padres de los novios. Ma. Carla buscó con la mirada de dónde provenía la música y vio a su padre y a los papás de Pablo que venían con los artistas. Estaba deslumbrada. Miró sorprendida a Pablo. Él le sonrió. Los músicos rodearon a la pareja sin dejar de tocar: Este amor apasionado... El papá de Ma. Carla disimuladamente pasó el dorso de su mano por sus mejillas evitando que las lágrimas delataran su tristeza ¿su alegría?; la mamá de Pablo nerviosa y contenta tomó la mano de su marido mientras sus ojos se anegaban de llanto; el papá de Pablo miraba con orgullo a su querido hijo. Pablo alcanzó un ramo de flores escondido en las matas de la jardinera y arrodillándose a los pies de Ma. Carla le propuso.

- ¡María Carla...! Te amo con todas mis fuerzas y con toda mi alma... ¿Quieres ser mi esposa?

Una propuesta inolvidable.

Toda la tarde quedose pensando en la propuesta realizada por aquella mujer, su buena amiga. Desde hace tres meses que salía con ella pero no había logrado enamorarse a fondo. Sin embargo, le gustaba en cómo ella veía la vida: sin complicaciones y dejando que fluyeran los días sin presiones ni obstáculos inútiles. Era espontánea y un tanto alocada. Tenía una manera muy divertida para enfrentar los problemas, y jamás se preocupó por el qué dirá de la gente. La había conocido en la fiesta de carnaval del año pasado cuando sus primos le invitaron a pasar, en esos días, en la quinta vacacional ubicada en Rayoloma. Cuando recibió la llamada telefónica de su primo Xavier, para informarle sobre la organización de las festividades de carnestolendas, acababa de salir de su turno del hospital. Eran las ocho y pico de la mañana y se disponía a tomar el autobús para ir a descansar en su departamento. Solía utilizar el transporte público las veces que le correspondía las jornadas nocturnas. Esa mañana preveía tomarse una refrescante ducha, luego comer algún refrigerio y acostarse para tratar de dormir hasta la una de tarde. No quería llegar con retraso a la reunión de galenos programada en días anteriores, una hora después, para abordar el asunto de un joven que padecía una disfunción renal que obligaría, al muchacho, en un futuro cercano, a realizarse diálisis por el resto de la vida. Estuvo en la parada del autobús cuando sonó su móvil.

- ¡Ricardo! – Escuchó la voz de su primo Xavier.
- ¡Dime Xavier! – dijo cansadamente -, estoy a punto de subir al colectivo... Xavier sin que dejará que terminar la frase, le pregunto:

- ¿Dónde piensas pasar en estos carnavales?
- Pues... No lo sé. —enseguida, respondió-: ¡Déjame pensar! Revisó en su agenda mental si estaba programado hacer turno en esos días. No. El año anterior había pasado bastante atareado en los días de carnaval y en ésta ocasión estaba libre. Luego, dijo-: Creo que me pasaré descansando en mi casita... leyendo el último libro de Humberto Eco...
- ¡No seas aburrido! Te paso el dato: Mi familia y algunos primos hemos organizado pasarnos las vacaciones en la quinta del tío Juan... En Rayoloma.
- ¿Y quiénes nomás irán? — Preguntó sin que de veras le interesara quienes acudirían a la fiesta.
- Pues, vos sabes: los de siempre... ¡Ah!... y unas amigas del Patucho Vera...

Ricardo tardó un tanto en responder. Recordó aquel año cuando, por estas mismas fechas, se la pasó en la casa vacacional de su abuelo paterno con todos los primos y tíos, pero las mojadas y la comida abundante le tuvo todo el día miércoles de ceniza hospitalizado reestableciéndose de una fuerte intoxicación estomacal. No quería volver a pasar por lo mismo. Entonces Xavier lo apremió.

- ¿Qué dices entonces...? ¡Vamos, hombre, la pasaremos recontra bien!

Ricardo quedose en silencio unos segundos, lo que significó para Xavier una eternidad. ¡Chulla vida!, se dijo.

- Está bien... Iré... - Respondió animado y subió al colectivo rumbo a su departamento.

Llegó al sitio de reunión un poco más de la diez de la mañana; desde el carretero de ingreso al recinto ya pudo escuchar los gritos de la gente corriendo de un lado a otro para evitar ser mojadas. Sintió escalofríos. La mañana había amanecido lluviosa y estuvo tentado, antes de subir a su automóvil, de llamar al primo para decirle que no iría, pero ya le había dado su palabra, por lo que, a regañadientes, trepó al coche y partió rumbo al paseo. Se alegró que en el sector de la quinta el ambiente era diferente: un tibio sol alumbraba los tupidos matorrales que rodeaban la casa. La construcción era de una sola planta con techado de teja artesanal y paredes de adobe enlucido recién pintada de color blanco hueso. Apenas ingresó a la estancia observó a varios conocidos alrededor de un chanco, colocado sobre un taburete, el cual estaba siendo chasgado con un soplete a base de gas. Debido a la abundante y enérgica flama el cuero se ponía negro; el más afanoso, con cuchillo en mano, raspaba el negro hollín hasta dejarlo de un color café claro brillante, y, de rato en rato, que pulsaba con sus dedos para verificar si la cáscara ya se encontraba crujiente. Se la veía deliciosa. Los concurrentes en medio de la algarabía del juego y del diligente trabajo de dorar la cáscara no se percataron de la llegada del nuevo invitado. Ricardo estacionó su vehículo en el amplio patio delantero y se dispuso a ingresar con dos jabas de cervezas que traía como su aporte. Sólo cuando asentó las botellas frente a la banqueta apegada a la pared de la casa los concurrentes advirtieron su presencia, y lo saludaron alzando las manos.

Pero había una persona, una chica, quién le llamó fuertemente la atención. La mujer no pertenecía a la familia: era amiga de Patucho, sin embargo, actuaba como si lo fuera. La chica llenaba, con entusiasmo, las tinas con agua y, sin esperar que estuvieran rebosantes, las vaciaba en baldes pequeños para repartir a los carnavaleros quienes gozaban lanzando a todos los concurrentes. Viendo a Ricardo sentarse en la banqueta, ella misma cogió un recipiente y corrió en su búsqueda para mojarle. En el momento que el chorro de agua iba a su encuentro, Ricardo trató de esquivarlo y resbaló en el suelo encharcado. Cuando quiso huir del lugar la chica le asió de los brazos y alentó a la muchachada para que aprovecharan mojándole. Una vez cumplido con ese propósito le soltó para que pudiera escurrir sus ropas chorreadas. Al rato le entregó una copa de un caliente canelazo. Para el frío, le dijo.

Margarita, así se llamaba la mujer, tendría una edad cercana a los cuarenta años. Había tenido varios pretendientes en su mediana vida, pero, por cosas del destino, se había resignado a vivir soltera. Nunca quiso tener hijos, detestaba cuidar niños, -así se decía- y, tal vez, esa fue la razón por la que nunca haya aceptado casarse con ninguno de los muchos pretendientes tuvo. Su profesión era la ingeniería civil y se dedicaba a tiempo completo a la construcción de viviendas; esto le había permitido tener un elevado nivel económico, conocer a muchos colegas acomodados, tener varias amistades influyentes y vivir en un círculo social que le demandaba elevados recursos y tiempo. En esa vida agitada se llegó a despreocupar de su vida sentimental. Ésta es mi vida, decía,

así me gusta y no la cambiaré por ningún hombre. Pero la figura de Ricardo le trastocó el corazón...

4.

Luego de haber bebido la copa de licor, Ricardo se sintió desinhibido y buscó la forma de vengarse de la mojada recibida por aquella divertida mujer. Cada vez que ella recibía de él un baldazo de agua gritaba de alegría y, en seguida, tomaba otro para devolver el gesto... Así estuvieron durante el resto de mañana cuando escucharon que ya era hora de servirse las cascaritas. Escurrieron sus ropas empapadas y, a paso de zombi, se acercaron a la mesa, en la cual habían colocado una bandeja de mote caliente y varios platos del crujiente cuero tostado de choncho. Ni bien habían acabado su refrigerio la tía de Xavier estaba entregándoles sendas copas de aguardiente de punta coloreada con agua hervida de sanguracha.

Empapados hasta los huesos se acercaron para ayudar en el troceado de la carne que volcaron en una enorme paila de bronce, colocada previamente sobre leños ardientes, misma que hervía con matas enteras de ajos y medias tapas de limón. Mientras se cocinaban los sancochos, Ricardo se encargó de servir la cerveza a todos los presentes. Cuando le entregó el vaso a Margarita, sin querer, rosó con sus dedos la mano de ella. Esta la miró a los ojos y le regaló una sonrisa. Ricardo se ruborizó y desvió la mirada. Luego de cumplir con el servicio de la bebida se acercó al sitio donde ella ya se encontraba sentada en la hierba mazhando bajo los débiles rayos del sol. No hablaron mucho pero ambos se sintieron agradablemente acompañados. Al rato, se escuchó:

- ¡Quién quiere sancochos...!

- ¿Te gusta el sancocho o prefieres esperar, cuando esté lista, para comer la fritada? – le pregunto Ricardo.

Margarita pensó un instante y, no queriendo que él se alejara, le dijo que estaba con el estómago lleno y que mejor sería esperar para servirse las fritadas. A Ricardo le gustaba la carne a medio freír, pero para agradarle soportó estoicamente las ganas. Dentro de la casa la gente rebullía ensartando las coles, el arroz y la sangre en las tripas lavadas del chanco. De a poco se iban formando largas morcillas que luego fueron anudadas con hilo chillo en porciones pequeñas. La ollas hervían y el olor a comida de campo hacia agua la boca de los presentes. Los tragos iban y venían. La mojada momentáneamente se paralizó y los muchachos, tranquilizados, andaban de un lado para otro buscando entre los arbustos nidos de pajarillos o alguna lagartija.

Ni Ricardo ni Margarita necesitaron preguntarse por sus nombres, los dos ya lo sabían porque en medio de la algarabía del juego los nombraban, a cada rato, por sus nombres de pila. Ella le contó que trabajaba en la construcción y que llevaba una vida distendida sin preocupaciones de un hogar; nada de maridos ni de cuidar niños, le dijo con cierto aire de suficiencia. Con lo poco que llegó a saber de ella hasta ese momento, Ricardo pudo abrirse y le confesó que era divorciado: le contó que hace cinco años se había separado de su mujer y, sin embargo, tenía una hija de ocho años, pero que, le dijo un tanto acongojado, la niña vivía con su mamá.

- ¿Y, no piensas en volver a casarte? – preguntó curiosa Margarita, mirándole con picardía.

- Pues, por el momento, no. Mi trabajo —se vio en la obligación de darle una justificación— me ocupa demasiado tiempo. Tengo turnos pasando un día y ni los fines de semana se salvan...
- ¿En qué trabajas tanto?
- Soy médico...
- ¡Qué bueno!

Hasta la hora en que los llamaron para comer la fritada estuvieron conversando tan animadamente que parecía que se habían conocido desde hace muchos años. Esta relación inesperada tomó de sorpresa a los demás concurrentes que empezaron a murmurar por lo bajo. Muchas miradas se dirigían hacia ellos cada vez que él tomaba la iniciativa de alguna delicadeza o de cierta cortesía para ella: como acercarle plato de comida, reservarle un sitio para sentarse a comer juntos...

En el resto de la tarde, luego de haberse atiborrado de las fritadas con mote y las morcillas, más el dulce de higo y el pan *hecho en casa* y el infaltable trago “para que no pateee el chanco”, se encendió la fiesta con el baile. La música al ritmo de: “qué bonito es el carnaval” no dejó a nadie en su sitio. En medio del humor de la danza no faltaron las mojadas, las serpentinas, y las embadurnadas de la cara con maicena y otras sustancias coloridas provenientes de la cocina o de quién sabe dónde. Por la sala se escurrían los charcos de agua y se manchaban las paredes y el piso con el polvo blanquecino. La noche llegaba pero la música seguía acompañando a los bailantes en un compás frenético. Algunos ya bastante chumaditos, con la cara y el pelo bañados con harinas, manteca de color, hollín, se acomodaban en alguna silla vencidos por el cansancio y el sueño. La música y el baile continuaron hasta la medianoche. Los más jóvenes se habían retirado a

dormir en las habitaciones preparadas de antemano por los anfitriones: esteras y colchonetas en el suelo y alguna brazada para cubrirse del frío...

Margarita y Ricardo medio achispados habían salido a los patios para juntos compartir un cigarrillo. Nadie notaba su ausencia ni les echaban de menos. Dentro seguía la música pero ya nadie bailaba. Se escuchaba a los más chispas conversar sobre temas políticos... En ese ambiente caldeado decidieron salir para sus casas.

- ¡Déjame despedir de los primos! – le dijo Ricardo, y añadió -: ¿Viniste en carro?
- Sí, pero... ¿podemos ir juntos?
- ¿Y tú auto...?

Margarita lo pensó bien y acabaron decidiendo que cada uno iría en sus propios vehículos. Antes de separarse y despedirse del lugar anotaron en sus celulares sus respectivos números y sus cuentas en las redes sociales del Twitter y del Facebook. A pesar de que se volvieron a ver personalmente en las fiestas de Independencia de Cuenca, todo ese tiempo entre el carnaval y el Tres de Noviembre se comunicaban esporádicamente por el WhatsApp y algunos chat en el internet.

5.

Cuando se citaron para ir a la Feria Artesanal del Otorongo había cierto entusiasmo de volverse a encontrar, pero cada uno sabía que esa relación no iba a prosperar. En ese encuentro se la pasaron muy animados, visitaron las artesanías del lugar, y poco a poco se fueron encaminando hacia la Calle Larga, entraron a un bar y se pidieron un par de cervezas. Cuando terminaron de beber buscaron algún restaurante para

servirse algo de comer. Ella estaba ansiosa pero mantenía su carácter jovial y divertido. Buscaba la ocasión propicia para contarle un secreto: un deseo que estaba rondando por su cabeza desde el carnaval anterior. No encontraba la manera de decirle, pues cada vez que ella tocaba el tema de los niños él decía que los niños son una gran responsabilidad: la crianza, el cuidado y el guiarlos por buenos caminos; agregó que, ella había hecho bien en no tenerlos... Esto desconcertaba a Margarita, pues, quería confesarle que había cambiado de opinión, que los años pasaban y se estaba sintiendo sola. Cuando llegó la hora de despedirse ella miró fijamente a los ojos de Ricardo.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras de esa manera?
- No. No pasa nada...
- No mientas. Me parece que algo tienes que contarme... —le dijo Ricardo, luego añadió—: Si tienes algo qué decirme sobre nuestra precaria relación, dímelo con toda confianza. Puedo aceptar tus decisiones...

Se pusieron de acuerdo en caminar juntos hasta el parqueo de autos, pero lo hicieron en silencio. Él esperaba que ella dijera algo, pero así callada como estaba le estaba mortificando. Ricardo le acompañó hasta el sitio donde estaba estacionado el automóvil de ella, y cuando ella abrió la puerta para subirse a su carro, le dijo:

- ¿Ricardo...?
- Si, dime...
- ¿Podemos vernos el día de mañana?

Él no esperaba esa invitación tan repentina. Alzó su vista al cielo, como agradeciendo a los dioses que sus ruegos habían sido escuchados, sonrió y se adelantó para darle un fuerte abrazo. No quería ser tan efusivo en demostrar que

él también deseaba verla otra vez. La víspera de aquel encuentro había meditado seriamente si merecía continuar con esa relación. No estaba del todo seguro. Ansiaba que las cosas se dieran sin presiones, sin forzar los acontecimientos. Habíase dicho que si ella manifestaba su interés en continuar con la amistad él estaría gozoso de aceptarlo. Pero no sería él quién iba a tomar la iniciativa. Decía que no quería verse lastimado o rechazado... Por eso, cuando ella le dijo que quería verle otra vez su corazón se alegró, quiso dar saltos de alegría y gritar a todo pulmón su felicidad. Pero esta dicha no decía que la amaba, sólo estaba feliz porque era una oportunidad para recomenzar su vida. A ella le gustaba esa manera filosófica como tomaba la vida. Con muchas preguntas pero casi todas sin respuestas. Quisieron estarse juntos un rato más, pero él se dijo que no estaba bien acelerar la relación. ¿Para qué? Ella le besó en la mejilla, subió a su auto y se marchó.

6.

Desde esa noche no había día en que no se vieran. Robaban tiempo a sus trabajos para comer juntos al mediodía o para saludarse, bebiendo un café, en las noches. Los fines de semana, cuando él no tenía turno, salían a caminar por las riberas del río Yanuncay. La relación se mantuvo en secreto. Ni las familias ni sus amigos sabían que salían juntos. Ella le había rogado que fuera así. Esto intrigaba a Ricardo; ese proceder no era de la chica que creía conocer... pero, si ella quería sí, ¿qué puedo hacer yo?, se preguntaba. La vez que él abordó el tema, ella le había explicado que no quería que la gente murmurara que anda con

un hombre divorciado... No le creyó, pues, la verdadera razón estaba en aquel secreto que abrigaba sereno en su corazón.

7.

Un catorce de febrero, un poco más de tres meses de verse todos los días, sucedió lo inesperado. Lo inesperado para él, lo ansiado para ella. Apenas él había acabado de darse una ducha cuando sonó su móvil.

- ¿Ricardo...?
- Si, dime... - Sin quererlo, su mente había guardado el mismo tono de voz e igual pregunta cuando ella le había invitado por primera vez a salir juntos, así que supuso que esta vez también escucharía otra invitación agradable... No se equivocó.
- ¿Podemos vernos ésta noche?

Como las emociones se repiten de idéntica forma ante los mismos impulsos, Ricardo se contuvo de chillar a voz en cuello su gozo y felicidad, sin embargo, no pudo evitar saltar sobre el sofá lleno de contento. Durante todo el día se la pasó trabajando sin dejar de pensar en Margarita. Y cuando llegó el fin de la jornada, corrió a su casa a vestirse con sus mejores galas, pasó por una floristería para comprar una docena de rosas rojas y voló al lugar de la cita. Habían quedado en verse en el restaurante en el que comían frecuentemente, uno ubicado un tanto alejado del centro de la ciudad para evitar las miradas de sus amigos y conocidos y murmuraciones de los desconocidos. Cuando llegó vio el carro de ella aparcado lejos de la puerta de ingreso al local. Esto extraño a Ricardo. Los dos eran conocidos por el dueño y no entendió por qué, si

había llegado primero, ella no había ingresado. Movi6 su cabeza como evitando que pensamientos turbios invadieran su momento feliz. Estacion6 su auto justo detras de ella y se ape6 para ir a su encuentro.

- ¡Hola Maggy! –desde hace un mes lo llamaba con ese nombre más íntimo y cariñoso-. Discúlpame si llevo atrasado...
- ¡No...! Has llegado a tiempo. Yo salí temprano y me dispuse a esperarte... - No quiso confesarle las ansias que guardaba su alma.
- Está bien... ¿Podemos irnos? ¡Ah! Traje éstas rosas para ti...
- ¡Oh! ¡Están muy lindas! –cogió el ramo de rosas y las colocó delicadamente en el asiento trasero, y con palabras amables, le dijo:- No debías haberte molestado...
- No es una molestia, es un placer.... ¿Nos vamos?
- No. Porque no más bien subes a mi carro y nos quedamos, un rato, conversando... -le propuso al tiempo que le abría la portezuela del copiloto.

Ricardo subió al automóvil y se acomodó en su asiento.

- ¿Cómo te ha ido el día? –inició Ricardo la conversación.

Sin que él tuviera tiempo de reaccionar Margarita se recostó en su pecho y comenzó a llorar. Ricardo lo abrazó desconcertado.

- ¿Cuéntame, qué te pasó?
- Discúlpame Ricardo... No es por ti. Desde que me levante se ha metido en mí alma una depresión –lo dijo con bastante convencimiento-, tú sabes que no soy así.

Trato de estar alegre y reírme de todo a cada rato... Pero, a la verdad, estoy ocultando una inmensa tristeza... He decidido que hoy sea el último día en ocultarlo... -Mientras iba contándole, gemía y se sonaba la nariz-: Hoy no soy la chica divertida como todos me conocen. Dentro de mí hay un vacío muy grande...

Ricardo no creía lo que estaba escuchando. ¿Margarita con un vacío existencial? Rodeándole con ambos brazos le acurrucó con fuerza para tratar de calmarla, y ella se acomodó como un pajarito herido en su pecho y continuó con su lamento.

- He conseguido casi todo en la vida... Tengo un departamento en la mejor ubicación de Cuenca, cada dos años cambio de automóvil... Al parecer tengo todo... pero los años van pasando Ricardo -al nombrarle, alzó su vista al rostro de él y se incorporó en su asiento-, y últimamente me he sentido sola... Cuando salgo de la jornada del trabajo se me hace durísimo regresar al depa, y en los días que no nos vemos es insoportable la soledad que siento en mi pecho, muchas veces tardo un siglo en llegar pues sé que nadie me espera... Todo está allí, pero no hay una voz de bienvenida, no hay nadie que se alegre de verme llegar...

8.

Hace unos días cuando estaban paseando juntos por la calles desoladas de un barrio perimetral de Cuenca, Ricardo estuvo a punto de pedirle ser su novio... Pero no se atrevió... Temía que su propuesta fuera mal interpretada... Se dijo: por ganar

un amor voy a perder una buena amistad... Además no estaba muy seguro de sus sentimientos y de los que ella estuviera sintiendo. Margarita le gustaba, no había duda de aquello, pero, ella era muy independiente y no sabía cómo tomaría una declaración de amor... Así que tanteo el terreno invitándola a verse todas las noches... Ella le había contestado, medio en serio medio en broma, que le estaba coartando la libertad, que ella no quería un guardián de su vida... Dejó así las cosas esperando que si algo tenía que suceder entre ellos... sucedería... No iba a forzarla. Cuando escuchó la confesión de que ella se sentía sola... se atrevió decidido.

- Hoy es un día especial y quiero confesarte una verdad –le dijo y extendió su mano para tomar la de ella... Ella se había calmado pero en el ambiente se podía sentir una atmosfera de una gran melancolía... sin embargo, había intimidad y sinceridad que sólo las viejas amistades suelen provocar-, una verdad que la he estado guardando desde hace algunos días atrás: Me gustas mucho mí querida Maggy... Pero no solo me gustas, te he llegado a querer mucho y, te juro, no puedo ni un instante dejar de pensar en ti...
- ¿De verdad me quieres? –Preguntó recelosa y coqueta.
- Sí. Y no sólo eso... Creo que he llegado a amarte...

Diciendo esto ella tomó la mano de Ricardo y, sin que él pudiera impedirlo la besó en los labios. Fue un beso cálido que llevaba impregnado de una gran ternura. Duró sólo un instante y se apartó. Ricardo acariciando los cabellos de ella acercó sus labios para corresponder el cariño, pero Margarita, alejó su rostro sin que se consumara la aceptación de ser su pareja. Mirándole a los ojos, soltó lo que tenía aprisionado; fue como el fluir de mansas aguas en medio de una pradera de pastiza-

les, como la lluvia que ha tardado tanto en caer y cuando lo hace sus gotas refrescan los suelos y contagian al ambiente de un calorcillo abrigador y sereno.

- Ricardo... quiero tener un hijo contigo... -Y sin darle tiempo para la reacción de Ricardo, continuó:- Un hijo que sea mío, sólo mío. Perdóname, pero no quiero casarme...

Ricardo quedó sorprendido. Nunca esperó dicha propuesta. Margarita, embelesada y enajenada suplicaba con la mirada para que su arrebatado de locura fuera aceptado.

- No te pediré nada. Si quieres, sólo si lo quieres, me puedes acompañar hasta que nazca el bebé... Luego, yo me haré cargo de él... o de ella.

De verdad que Ricardo la quería y estaba en condiciones de hacer muchas cosas por ella o algunas de las que ella le pidiera, pero esta proposición iba más allá de sus expectativas. Pensó: ¿significaba que sería utilizado? ¿Qué sólo le importaba para procrear un hijo? ¿Y mis sentimientos dónde quedaban? Y el hijo, ¿no será mío también? ¿Cree, acaso, que no sentiré nada por ese niño? Con estas ideas en su cabeza miró con enojo a Margarita. Sin decir nada, abrió la puerta del carro y se marchó. Margarita, desde el interior del auto, le gritó que regresara que no era lo que él estaba pensando... Pero él había desaparecido.

9.

Desde ese día dejaron de verse. Bloquearon sus relaciones en las redes sociales y ni ella ni él sabían nada el uno del otro. Ricardo logró borrar ese episodio con otras relaciones, pero

tampoco se volvió a enamorar... ¡Quizá algún día, quizá!, decía.

A los tres años de aquel acontecimiento, cuando caminaba por el parque de El Paraíso, divisó a lo lejos la silueta de Margarita. Iba contenta y orgullosa de la mano de un chiquillo.

Pudo haber sido mío, se dijo Ricardo.

¿Quién mató a Doña Chepa?

La niebla blanquecina cubría los cerros creando figuras fantasmales en cada recodo del camino. La tarde caía y apremiaba llegar con tiempo al pueblo de Molleturo. Si la oscuridad de la noche cubría el lugar no tendría dónde guarecerse y pasar la gélida noche. Había escuchado muchas historias sobre personajes aterradores y salteadores que deambulaban por esos lares. Y él no tenía el valor suficiente para enfrentarlos solo. Apresuro el paso. Había cabalgado desde la madrugada y los prados a su paso ya le parecieron familiares, le decían que faltaba poco, que estaba cerca de alcanzar su destino. Montado en su jamelgo, y arreando una yegua cargada de varias alforjas, se acomodó su sombrero, sacó de su alforja su cantimplora y tomó un sorbo largo, pero lentamente, de aguardiente; aguzando la vista divisó, entre las brumas, las primeras casas. Respiró profundo y se apeó de su caballo, se quitó su sombrero y secándose con el dorso de su mano el sudor de su frente, exclamó: ¡Al fin he llegado...! ¡El inicio de una nueva vida...!

La vez anterior que conoció Molleturo, sólo de pasada a la costa, vio en él la gran oportunidad para alcanzar una forma ventajosa de vida, un futuro próspero y, quién sabe, alguna fortuna. Había pocas casas que rodeaban a la estructura desvencijada de la capilla. Pero a su alrededor había varias casas de las cuales salían muchas personas que se congregaban alrededor de la plaza para escuchar la misa y recibir la eucaristía de manos de un sacerdote, ya un tanto entrado en años, llegado de Cuenca. Cuando los feligreses acabaron de escuchar la ceremonia se apostaron alrededor de la cripta con

varios artículos de sus cosechas recientes con la intención de intercambiar o negociar con sus vecinos. Luego de adquirir algunas hortalizas observó a su alrededor con la esperanza de encontrar alguna tienda de abarrotes para procurarse de un refrigerio. No había ninguna. Fue entonces cuando que se le ocurrió fundar el almacén. Caminó varias cuadras alrededor del pueblo y localizó una vivienda de dos plantas; en realidad eran tres pisos pero la casa colindaba con la quebrada del lugar, y para compensar el nivel se había construido un piso adicional en el desnivel entre la calzada y la pendiente hacia el curso de agua. Luego de visitar las habitaciones y de arreglar el precio de renta con su dueño se despidió del lugar.

Cuando el casero lo vio llegar salió a su encuentro para ayudarlo a introducir en la casa todos los objetos y trastos que cargaba su yegua. Al descargar, el dueño se percató que no solo eran pertenencias personales sino que incluía varios artículos de las mejores tiendas de una ciudad: Varias arrobas de azúcar, otras de arroz, medio quintal de fideos lazo, paquetes de galletas La Universal, caramelos fresa, madejas de hilos, paños de agujas, y un sinnúmero de chucherías...

- ¿Para qué tantas cosas...? –preguntó inquieto el casero.

- Para venderlas a la gente... –respondió.

El dueño sonrió, contento de que al fin alguien se había atrevido a comenzar el negocio que tanto necesitaba el pueblo.

A los pocos días los víveres estaban agotados. Conversó con su casero y le informó que dejaría el pueblo por unos días. Cuando regresó ya no eran sólo dos acémilas las que acompañaban al inquilino. Eran toda una caravana de robustos caballos que ingresaban al pueblo cargados de innúmeros

y variados artículos. La gente de pueblo estaba satisfecha porque ya tenían un sitio cercano para bastecerse de las cosas que desde hace poco eran ellos mismos los que debían traerlos desde la ciudad de Cuenca. Pronto el almacén estaba repleto de abastos y la clientela no le daba respiro exigiendo atención hasta la diez de la noche. Entonces decidió que era hora de traer a su mujer y a sus dos hijos. Sus vástagos habían logrado terminar la primaria y el negocio necesitaba de varias manos para atender a la numerosa clientela. La noticia de la existencia de un gran almacén en el pueblo de Molleturo se regó como niebla en los páramos y la gente de los anejos acudía todos los fines de semana para hacerse de los suministros para la semana. Para don Calixto, así se llamaba el próspero negociante, la tarea era agotadora; todos los lunes, poco después de la medianoche, montado en su potro preferido y acompañado de diez y más alazanes, viajaba para la ciudad para abastecerse de las mercancías. Cada semana veía nuevas necesidades y procuraba satisfacer las exigencias de sus clientes. A los pocos meses de haber iniciado el negocio los ahorros eran suficientes para proponerle al casero para que le vendiera la casa. El arrendatario aprovechó la bonanza de don Calixto y pidió un buen precio. Él no objetó la cantidad y el negocio se cerró a la mañana siguiente. La constancia del trato quedó registrada en una hoja de cuaderno sacada del libro de cuentas que llevaba don Calixto. La palabra es suficiente, le había dicho el casero, pero don Calixto prefirió que el contrato quedará anotado: escrito los nombres del nuevo y anterior dueño de la propiedad, la cantidad pactada y la garantía de aceptación con las huellas dactilares de los participantes de la transacción.

Don Calixto, era justo con los clientes y nunca les negó un fío; las cuentas de las deudas las llevaba prolijamente en su cuaderno de notas y cuando algún vecino alcanzaba cierta valor apreciable no dudaba en recordarlo para que la misma fuera saldada a tiempo. Los precios de los artículos eran provechosos para los moradores y jamás regateó en los pesos. Pesos justos a precios módicos era su lema. Si existía algún pedido especial que no disponía el almacén lo anotaba en su cuaderno y prometía al solicitante que a la semana siguiente lo conseguiría. Lo cumplía. Todo el mundo conocía a don Calixto y, en menos de un año, ya era considerado como un miembro ilustre de la comunidad. Era el morador del pueblo más querido y elogiado... Esto llevó a que todos los nuevos papás solicitarán que sea él quien amarcara los guaguas en los bautizos, primeras comuniones, conformaciones, hasta ser padrino de boda en los nuevos matrimonios. Muchos ahijados llegaban al almacén e infaltablemente les regala alguna golosina que alborotaba los ánimos infantiles. Poco a poco el respetable título de “don” se fue convirtiendo en “compadre”...

En el pueblo vivía Doña Chepa, una mujer ya entrada en años; habíase quedado soltera, pero no porque careciera de atributos femeninos atractivos sino por su reconocido mal carácter, a más de una inigualable tacañería que los lugareños solían decir que no soltaba ni los mocos cuando padecía de gripe. Poseía muchas propiedades fruto de la herencia de sus padres, quienes fueron los primeros habitantes de estas tierras y las habían tomado en posesión porque a nadie pertenecían. Los niños huían despavoridos cuando ella acudía a la tienda de abastos del Compadre Calixto y los lugareños la trataban

con respeto pero nunca alcanzó a tener migas con ninguna familia. Todos son unos advenedizos y mal agradecidos, comentaba cada vez que alguien la saludaba: cómo si yo no supiera de dónde salieron estos zarrapastrosos, decía por lo bajo sin contestar el saludo. Eso sí, no faltaba a ninguna de las ceremonias religiosas que se oficiaban en el pueblo. Era muy religiosa. ¡Quién cómo ella!

Cierto domingo cuando el sacerdote acabó de celebrar la misa y Doña Chepa se disponía a desalojar la capilla, el cura le indicó con el ademán particular que usaba –muy conocido en el pueblo cuando él quería conversar a solas con el feligrés, especialmente cuando se enteraba de algún mal comportamiento de sus fieles: de cierta borrachera y golpiza que había recibido la mujer, de alguna infidelidad, de la queja de algún marido agraviado,...- para que se quedara un momento. Las voces silenciosas de las gentes no se hizo esperar y las murmuraciones siguieron hasta cuando todos se despidieron. Una vez que estuvieron a solas la saludó amablemente con un estrechón firme de las manos, y le comento su requerimiento:

- ¿Cómo ha pasado mi estimada Doña Chepa? Quisiera hablar con usted de la urgente necesidad del pueblo... -Sin que logre terminar la frase, Doña Chepa le interrumpió.
- ¡Cómo puedo estar! –le respondió con aspereza, y enseguida cambió su tono de voz sabiendo que el cura podía ofenderse...-: ¡Bien Padre! ¿Qué necesidad urgente tiene el pueblo? Muchas deben ser, pues, todos los hombres en el pueblo son unos vagos y borrachos...

- ...pero también unos buenos cristianos. Viendo que la expresión de Doña Chepa había cambiado, añadió:- Algunos me han pedido que le solicitara que el terreno que tiene junto a ésta capilla sea utilizado para la construcción de un nuevo templo... Usted debe comprender que la que tenemos no da abasto para la cantidad...
- ¡Me parece bien, señor cura! ¿Y cuándo piensan pagarlo por él?
- No. No se trata de comprarle si no que usted lo done para la iglesia y para el pueblo...
- ¡Bonita la cosa! ¿Pretenden ser benignos con las pertenencias ajenas?
- Pero Doña Chepa –trato de calmarla- no se trata solamente de la gente... Es de Dios de quién estamos hablando, de su casa... Él requiere de un lugar más grande para su adoración.
- No creo que Dios necesite de casa... Son los pecadores que necesitan de un santuario para rogar a nuestro Salvador... Y siendo los hombres que necesitan de un lugar para purgar sus pecados que sean ellos los que la paguen...

El sacerdote le miró sorprendido. Sus palabras llevaban cierta verdad pero se negaba admitir que Doña Chepa tuviera tan mal corazón, que sea tan avara y que negara a ofrecer su contribución para la construcción de la nueva capilla.

- Usted también es una pecadora –le manifestó el cura un tanto contrariado- y también necesita de

una nueva capilla para pedir perdón a la Virgen María y a su hijo bendito...

- ¡La que tenemos es suficiente...!
- Su avaricia le lleva a decir tonterías... -El cura se contuvo de proferir otros epítetos, calmándose, le dijo:- Si usted no quiere donar el terreno veremos la forma de expropiarlo...
- ¿Me está diciendo que me lo quitarán, que construirán sin mi permiso y autorización para ello...?
- Pues, por lo visto, no nos deja otra alternativa mi querida Doña...
- ¡Pues, tendrán que pasar por mi cadáver...! -se alejó furiosa sin despedirse.

Esta conversación no tardó en llegar a oídos de los pueblerinos, quienes no se sorprendieron por la actitud tomada por Doña Chepa. Sin embargo, quedó rondando por sus mentes: “... *pasar por encima del cadáver...*”

Una noche, como tantas otras, los hombres del pueblo se reunieron en torno de la mesa que había dispuesto Don Calixto en la puerta de su negocio. El comercio del Compadre se había extendido a la venta de todo tipo de líquidos, desde bebidas gaseosas, cervezas, aguardiente hasta la de los combustibles: kerosene y gasolina. Los vecinos comentaban la conversación que había tenido el cura y Doña Chepa. Algunos dijeron que era muy difícil sacarle nada a la Josefa –Así se llamaba en verdad, pero desde hace mucho tiempo, nadie lo sabe, se la conocía como: Doña Chepa- y que mejor sería buscar otro terreno para construir la nueva capilla.

- Es muy tacaña esta señora...

Luego de dilucidar por un tiempo, alguien dijo: Esto está muy conversado, ¿qué les parece si nos tomamos unas copitas del aguardiente de caña brava...? Todos estuvieron de acuerdo y en breve, ya estuvieron alzando la voz y lanzando algunos improperios a Doña Chepa. La mujer del Compadre viendo tanto alboroto salió de su sitio y reclamó a su marido para que ya cerrara el negocio y que todos se marcharán de su tienda. Esto disgustó a los clientes. Algunos ya estaban borrachos y otros, los cabezas duras, aún discutían sobre las medidas a tomar con respecto a la negativa y avaricia de la dueña de los terrenos. Uno de ellos, envalentonado por el licor, vociferó que les dejaran acabar la última botella. Don Calixto alzando sus manos, como disculpando a su mujer, les dijo que ya era hora de que fueran a dormir y que, si querían, les fiaría otra botella para que la llevaran consigo. La mayoría accedió. Y se alejaron de la tienda muy enojados. Don Calixto y su mujer suspiraron aliviados. Pero su tranquilidad no duró mucho, cuando estaban por acostarse escucharon golpear la puerta. Por la ventana del segundo piso que estaba sobre la puerta de ingreso se asomó Don Calixto y vio que uno de los vecinos le rogaba que le vendiera un galón de kerosene. “En la tarde mi mujer me mandó a comprarlo... pero se me olvidó en la conversa...”, se disculpó. A regañadientes fue atendido. Al poco rato, apenas había acabado de cerrar la puerta, llegó otro de los vecinos solicitando similar compra... “Me he quedado sin gasolina...” perdone mi compadrito por molestarle... ¡Carajo! ¡Estos compadres, también...! Sin embargo, no fue el último pedido de la noche... cuando estuvo a

punto de quedarse dormido tuvo que atender otro llamado. Esta vez no fue una solicitud de combustible.

- ¡Tengo que hablarle, urgente, mi compadrito! Desde la ventana, Don Calixto le pidió que si no podía dejar para la mañana siguiente. No compadre... es cosa de vida o muerte...-le apremió.
- ¿De qué se trata? – le pregunto una vez que hubo abierto, nuevamente, la puerta de su negocio.
- ¡Han matado a Doña Chepa!
- ¡Matado a Doña Chepa! ¿Cómo? ¿Quiénes...?
- No lo saben... Pero lo vecinos que estaban bebiendo en su tienda andan diciendo que cuando fueron a la casa de Doña Chepa para convencerla que diera sus terrenos vieron la casa en llamas y a ella la han encontrado muerta e incinerada... ¡Hecha un solo tizón!
- ¿Qué estás diciendo?
- Lo que me escucha compadrito...
- ¿Quemada?
- Sí. Y lo peor es que dicen que usted es el único que vende gasolina...
- ¿Y eso qué tiene que ver...?
- Pues están diciendo que el Compadre, usted Don Calixto, debe ser cómplice del horrendo crimen...
- ¿Yo?
- Si mi Compadre... dicen que viene para acá a saldar cuentas...
- ¿Saldar cuentas...?

Cuando ingresó a la habitación, su mujer, que apenas había escuchado la conversación, le preguntó por qué había tardado tanto y de qué habían hablado. Don Calixto, no encontró respuesta que pueda satisfacer la curiosidad femenina. Le contó en resumen que habían encontrado calcinada a Doña Chepa y que lo estaban inculcando porque él era el único que vendía gasolina en el pueblo. Era absurda la imputación. Su mujer lo disuadió para que no se preocupara ya que a la mañana siguiente se sabría la verdad y que todo saldría bien, que mejor sería dormir en tranquilidad... Su mujer quedose, enseguida, profundamente dormida, no así Don Calixto que no lograba cerrar los ojos. Sus hijos no se habían percatado de nada de lo sucedido, se encontraban dormidos en sus habitaciones. Don Calixto pensaba que la alegría del pobre dura poco, pero estaba decidido a afrontar este acontecimiento con la honradez, valentía y entereza que le caracterizaba. De a poco se iba adormilando cuando escuchó varias voces lejanas que provenían de la calle. No le prestó atención. Esas voces se hacían cada vez más fuertes hasta que se detuvieron frente a su puerta. Los clamores iban acompañados de gruesos epítetos e insultos. Su mujer despertó sobresaltada. ¡Qué pasa! Nada mujer, sigue durmiendo. Pero ya no logró conciliar el sueño. Las palabras eran fuertes y las ofensas y amenazas estaban dirigidas a ellos. Una voz sobresalió de las muchas que proferían: Sal de tu casa, asesino, hijo de puta, vamos a matarte... Esto puso en alerta a su mujer. Brinco de la cama y se asomó a la ventana.

- ¿Qué pasa compadritos...? ¿Por qué tanto griterío?
- Han matado a Doña Chepa... le han quemado con gasolina... -decía uno.

- Don Calixto les ha regalado la gasolina para que lo incendien a ella y a su casa... -prefería otro.
- Están medio mareados, compadritos... Mañana, cuando se encuentren buenitos, don Calixto les dirá lo que ha pasado... No sean malitos –les rogó mis hijos duermen...
- Nos importa una mierda que tus hijos duerman... queremos al cabrón de tu marido para quemarle... Es un maricón, un asesino...

La mujer del Compadre no encontró manera para acallar las voces llenas de injurias, cargadas de mucho odio y clamando venganza. Cerró la ventana y dejó a que los vecinos siguieran en su griterío. Uno de ellos, quien llevaba varias copas encima, se abalanzó contra la puerta que estuvo a punto de derribarla. El estruendo ocasionado despertó a los muchachos que corrieron asustados a la habitación de sus padres. Este les acurrucó en su cama y les dijo que nada estaba pasando, que solamente eran unos borrachos y que pronto ya se irían. La pareja salió de la habitación. Entonces la mujer le dijo, que todos corrían peligro, que mejor fuera huir de la casa. Pero no hemos cometido ningún delito, le dijo Don Calixto. Es verdad, pero están borrachos y puede suceder cualquier cosa inesperada. Don Calixto aceptó las explicaciones de su mujer. Sacando fuerzas de flaquezas la mujer salió nuevamente a la ventana y mintió. Qué Dios me ampare para que sea creída, se dijo.

- Compadritos... Don Calixto no está... Después de que ustedes se marcharon de la tienda, mi marido

salió para Cuenca... Pero ustedes saben, no sabe demorar: mañana en la noche ya estará de vuelta...

La explicación de la mujer cayó como baldazo de agua fría en los borrachos. No sabían si creerle o continuar con las amenazas. El vecino que ha poco había advertido la venida de los enfurecidos compadres les dijo que él mismo había visto salir a Don Calixto, que realmente no se encontraba en la casa... El pronunciamiento fue acertado y aceptado por la turba. Se comieron el cuento. En medio de un griterío atroz lleno de insultos y de amenazas, la muchedumbre borracha fue alejándose poco a poco del negocio de Don Calixto. En tanto él ya se había procurado, de su mismo comercio, algunas sogas y bajaba por la parte de atrás hasta la quebrada. En medio de la oscuridad se hizo de dos jamelgos y sin hacer ruido se alejó del pueblo. Había logrado salvarse por los pelos. Su mujer volvió al cuarto con sus hijos pero ya no logró dormir por el resto de la noche.

Don Calixto caminó toda la noche por los senderos ya conocidos en los frecuentes viajes que realizaba para proveerse de las mercancías de su negocio. La Luna y las preocupaciones acompañaban su fatigado viaje. Cuando las primeras luces del nuevo día clareaban los campos divisó el primer pueblo: Sayausí, antes de continuar su viaje a la ciudad de Cuenca como había planeado durante la desvelada noche. Sin embargo, estaba tan cansado que decidió reposar la mañana en casa de un viejo conocido. Al llamar a la puerta su amigo se sorprendió al verlo, no esperaba su visita. Aunque había acostumbrado, en sus viajes comerciales, hacer tambo en este lugar, su compadre consideró rara esa visita inesperada, sin

embargo, en un principio, no comentó nada. Lo recibió en su residencia de igual manera como lo había hecho en los últimos tiempos. Claro, esperaba los obsequios que solía traerle en cada visita. Esta vez Don Calixto llegaba con las manos vacías y la expresión en su rostro denotaba que algo malo le acontecía. Luego de servirle el usual cafecito negro se llegó a su mesa para conversar con él e indagar en cómo iba con el negocio. Don Calixto no logró contener lo que guardaba en su mente y le soltó todo, pero le hizo prometer que no divulgaría nada a los demás vecinos del pueblo.

Fue así como se quedó viviendo en Sayausí: primero en la casa de este viejo conocido y luego...

Mientras tanto, en Molleturo, su mujer tuvo que lidiar con la gente del pueblo. A la mañana siguiente del asalto a su casa llegaron nuevamente los revoltosos —ésta vez sobrios y con los alientos fétidos de aguardiente— para cerciorarse que efectivamente ese día llegaría Don Calixto. Qué sí. Que en la nohecita ya estaría de vuelta. Qué bueno, en la noche regresamos... tomaron, y salieron sin pagar, varias botellas de licor. En la noche nuevamente recibió la visita de los mismos compadres, pero su compostura fue distinta, todo el día habían bebido. Su comportamiento tuvo el mismo tono beligerante que la pasada noche. La mujer de Don Calixto, llena de temor, mintió otra vez. No le quedaba alternativa. Era su vida y la de sus hijos.

- Alguna diligencia seguramente le retuvo... Pero no sabe tardar más de dos día... ¿Por qué no se viene mañana...? —les dijo, pero le temblaban los labios.

- Otros serán los que paguen los platos rotos... –se despidieron llevándose del negocio varios paquetes de comestibles y el resto de las botellas de licor. También sin pagar.

Esa misma noche armó sus cosas –todo lo que pudo- y lo cargó a lomo de las yeguas. Les dijo a sus hijos que saldrían a Cuenca para ver qué pasaba con el papá. A medianoche dejó el pueblo sin que nadie se percatara de la huida.

Nunca más se los volvió a ver en Molleturo. Pasaron muchos años y los hijos de Don Calixto –muerto recientemente-, llevando consigo las escrituras de la casa y de los terrenos adquiridos, regresaron al pueblo a reclamar lo que le había pertenecido a su padre. Cuando indagaron y localizaron las posesiones del papá, éstas se encontraban abandonadas: la casa derruida, y los terrenos, otrora lleno de cultivos, había crecido la maleza hasta niveles inimaginables. Los juzgadores de su padre: unos habían muerto y otros estaban en muy avanzada edad: ancianos. Pocos recordaban lo que había sucedido en el pueblo. La capilla antigua había desaparecido y sobre esos terrenos se había levantado un hermoso templo. Frente a la iglesia se encontraba un próspero negocio que pertenecía a uno de los hijos del que fungía de líder de los revoltosos.

El agresor camina libre.

La madre cruzó el parque tomada de la mano de su pequeña niña. La noche anterior había llovido y la baldosa de las aceras, aún húmedas, se encontraba resbaladiza. Apresuró su paso pues ya se había hecho un poco tarde para que su niña ingresara a su establecimiento educativo. Estuvieron a punto de cruzar la calle cuando el semáforo cambió de color, el automóvil que se encontraba estacionado esperando luz verde arrancó sin percatarse de quienes estaban en la acera. Era sólo un instante, pero ella le vio. No podía equivocarse. Era él. Acudieron a su mente, como ráfagas de una tormenta, todos los agravios que tuvo que soportar en las dependencias públicas. Sin embargo, el acoso laboral y el chantaje económico ofrecido por algunos de los altos funcionarios públicos era poco comparado con lo que había vivido su tierna hija. El trauma y el dolor que le habían causado era mitigado con lágrimas silenciosas y el abrazo tierno antes de conciliar el sueño. Aun así, todas las noches pedía justicia divina que remedie el perverso acto delincucional cometido en contra de su amada niña. La justicia tarda pero llega, se decía. No obstante la herida estaba ahí, había dejado de sangrar pero las huellas y las cicatrices estarían por siempre en su alma y en su cuerpo. Cuando le vio recordó que había jurado vengarse... Pero guardó su rabia y sufrimiento, tomó la pequeña mano y cruzó la calle. Llegará el día, pensó.

Contando con la autorización escrita..., proseguiré con la publicación de “El agresor camina libre”... Pero antes debo pedirle disculpas, estoy en la obligación de hacerlo, porque

me he tomado la libertad de narrar los hechos de acuerdo con lo que mi imaginación me dictaba... Cualquier coincidencia de la ficción relatada con la verdad de los hechos es una realidad... Una realidad que nos ha mantenido, durante siglos, bajo el dominio de quienes mal ostentan el poder, porque lo hacen para usufructuarlo, esconder fechorías y obtener ganancias mezquinas...

1.

Todo había comenzado una mañana en que ella se encontraba trabajando su turno en el Hospital de Seguro Social y recibió una llamada telefónica de la escuela de su hija. Se sorprendió, pues la llamada era de la directora del establecimiento; por lo general era ella quién llamaba a la maestra para estar enterada del comportamiento de su niña. Pero esta citación era diferente. La directora le comunicó que su hija, luego de la visita de algunos jóvenes estudiantes que realizaban prácticas en psicología, tenía un comportamiento muy extraño. No quería que nadie se acercara y lloraba cada vez que alguien trataba de consolarla. Habían utilizado todos los métodos conocidos para solucionar estos casos pero la situación de la niña no mejoraba. La niña reclamaba insistentemente la presencia de la madre. Ella comunicó a sus compañeros de trabajo que debía dejarlos, que no había tiempo de comunicar a los jefes pues la situación era emergente, que, por favor, le ayuden en sus tareas pendientes, que, juró, estaría de regreso en cuanto logre calmar a su hija... Eso pensaba o eso deseaba. Nunca esperó que el asunto: la dolencia de su hija fuera a tardar tanto tiempo en curarse. Mucho tiempo. Y que el daño sufrido le costaría muchas lágrimas, tantas que acabarían por

agotarse y nacieran, con el riego de ellas, la desconfianza en la gente y en las instituciones. Pero también el amor profundo hacia quienes necesitaban del cariño y el cuidado de sus manos generosas.

2.

Apenas ingresó a la escuela corrió en busca de su hija. La directora salió a su encuentro y la condujo hasta el sitio donde se encontraba la niña. Al entrar en el aula la vio acurrucada en un rincón, sus piernecitas contra su pecho y sus brazos y manitas protegiendo lo que su madre le había dicho que era el bien máspreciado de una persona. Aquello que no debía permitir tocar a nadie, a nadie... Cuando la vio supuso lo peor. Su espíritu valiente, la coraza que se había fabricado en las diferentes vicisitudes de su vida, se derrumbó. Lo que más teme todo padre se presentaba desnudo, descarnado, mostrando lo que puede causar la miseria humana... Corrió en su búsqueda y, la niña, alzando la vista reconoció el rostro de su madre y se abalanzó a los sus brazos sin dejar de llorar. Lo que vino después demostró que su hija había sufrido de una transgresión a su intimidad, que su frágil inocencia había sido quebrantada. Los exámenes médicos y psicológicos eran suficientes para buscar al culpable y castigar este acto delictivo. El camino para encontrar la justicia es tortuoso: lleno de cardos, vacío de misericordia; lleno de miserias, carente de virtud de quienes deben darla; abundante de arrogancia y poca vergüenza; colmado de corrupción y falto de agilidad y presteza. Pero hay de recorrerlo si se quiere llegar al final, aunque nunca se sabe que nos depara la meta.

Después de investigar quién había sido el último en ingresar al aula de la niña, y ya con el nombre del bandido en carpeta la madre presenta la demanda en la Fiscalía para reclamar justicia. Pero ésta está llena de parientes y amigos, de compadres y de afines políticos y el andar se vuelve lento y fatigoso. De oficina en oficina, de papales y papeles, de trámite en trámite, y luego de un largo tiempo logra ver una luz al fin del camino. Una luz que recobra la confianza en las personas y en las entidades. Pero ésta luz se opaca, se vuelve niebla en la oscura cúspide de quienes ostentan el poder. La perseverante decisión de buscar al culpable no mengua y alcanza una primera victoria. Una victoria que luego se pretende cambiar por dinero. La sentencia en primera instancia señala al culpable y la madre mira satisfecha que su ardua lucha no ha sido en vano. Más ella no sabía que el facineroso es pariente cercano de quienes ostentan las máximas dignidades de justicia.

3.

Esa noche, luego de enterarse que el culpable había sido sentenciado, en primera instancia, a varios años de prisión, fue a casa de su mejor amiga para festejar con ella el logro alcanzado. Tomaron una taza de café y conversaron por largo tiempo todas las peripecias que había tenido que salvar. Le contó de cuánto le estaba costando sacar a su niña de ese hueco profundo en el cual había caído (mejor sería decir al cual le empujaron sin miramiento de su corta edad). Pero que lo estaba logrando... que ella también había ido hasta la sima con su hija: asimilando paso a paso la ofensa, la ignominia, la vergüenza de miradas curiosas y lastimeras, para desde allí, desde el fondo sombrío de la humillación, salir juntas a respirar el

aire limpio de la dignidad y la pureza de las almas nobles. Cuando estuvo a punto de despedirse recibió una extraña llamada.

- ¿Hola...? –El número no tenía nombre de identificación. Era la llamada de algún desconocido. Seguramente un número equivocado.
- ¿Con la doctora Amaya...? –sonó al otro lado del teléfono.
- Con la misma... ¿Quién habla...?
- Soy el abogado... Y nos gustaría conversar con usted sobre el lamentable caso de su hija en el que se ha visto involucrado un distinguido miembro de nuestra familia...

¿Qué pretenden? ¿Por qué de esta llamada...? se preguntó la madre. Lo inesperado de la llamada, y la hora en la que recibió, la tomó de sorpresa. No pudo reaccionar con presteza, se ofuscó, y en lugar de mandarle a la mierda, como correspondía, acordó mantener una cita al siguiente día en la oficina del abogado. ¿Cómo logré que me citara? Y encima que yo tenga que ir a su oficina, se dijo sin comprender su proceder. Ya está hecho... Iré, pensó; y se despidió de su amiga, prometiéndole que le confiaría todo lo que vendría a continuación.

4.

A la hora acordada la doctora Amaya, madre la niña ofendida, acudió a la dirección que le había señalado el abogado. No estaba segura de lo que se trataría en dicha reunión. Pero lo que tuvo que escuchar fue la cosa más denigrante que un ser humano puede hacer con otro. Comprar la dignidad. Al ingresar a la oficina lo recibió la secretaria con amable gesto y le hizo pasar diligentemente al despacho del abogado. Pero él no estaba sólo. Había tres hombres más que lo acompañaban y pudo reconocer a uno de ellos. Era un alto funcionario del gobierno de turno. Las presencias trataron de intimidar a la madre, pero ella no se amilanó. Estaba segura que lo que estaba haciendo era lo correcto y que su amada hija merecía su esfuerzo. Todo su esfuerzo y cariño. El Estado debe brindar toda la protección que requieren los ciudadanos, nunca esconder actos deshonestos de sus funcionarios y, menos, limpiar las actuaciones sucias con el vil dinero. La táctica empleada por los personajes era apabullante de datos, de información sobre las conexiones políticas del acusado, de nexos familiares con la más rancia clase social cuencana... Pero nada de esto hizo que ella claudicara su actuación. Ella seguiría adelante con el juicio hasta las últimas consecuencias. El político miró al abogado, como si esta fuera la señal que estaba esperando.

- Mire doctora... Sabemos dónde usted trabaja, quienes son sus hijas... dónde estudian... Todo de usted... Y cualquier cosa pueden sucederle a sus hijas... o a usted mismo...

- ¿Son amenazas...? ¿Usted me está amenazando...? –lo dijo sin que le tiemble la voz. Sabía que si denotaba algo de temor sería en inicio de su derrota o el fin de su victoria.
- No. ¿Puede usted creer en eso...? No. Doctora, solo advertimos...

Quería marcharse lo más pronto de ese lugar, pero necesitaba un tiempo para grabar los rostros que había visto.

- Para que vea que no la estamos amenazando... -dijo el abogado con voz pausada- le propongo un trato para que usted deje el caso y se olvide de todo lo que ha pasado... Usted retira la demanda y nosotros le ofrecemos un alto puesto público, alguna dirección en el Seguro Social, con un buen sueldo, viajes, estudios de postgrado, diplomados...
- Cree usted que la dignidad de mi hija y la mía propia está en venta...--le respondió ofendida la madre- Sepan ustedes que nadie, menos ustedes caballeros –lo dijo como si lo hiciera poniendo comillas a la palabra caballeros- pueden comprar el dolor inmenso que el imputado –estuvo a punto de decir, pero lo pensó: cabrón, mal nacido hijo de puta- le ha causado a mi hija... todo el trauma, la felicidad presente y futura... Crean que un puesto de trabajo puede borrar los recuerdos, los pesares, las heridas de cuerpo y del alma... No. No, señores... el juicio seguirá adelante...

- Tranquila, doctora... No queremos que usted elimine de su mente lo pasado... pero, ¿está segura que el acusado –diga el nombre, pensó la madre– es el culpable de lo que le pasa a su hija y a usted...? Con el puesto de la dirección que le daríamos podrá hacer mucha más por su hija que con este juicio. ¡Piénselo! Además... tenemos un fondo con el cual puede cubrir los gastos que le ha ocasionado este asunto... Digamos unos treinta mil dólares... ¿Qué le parece?

Hijos de la gran puta, pensó la madre... Y salió sin despedirse.

5.

Apenas había pasado una semana desde la conversación privada en la oficina del abogado cuando, en los pasillos del Hospital del Seguro Social, se rumoreaba que la doctora Amaya sería transferida a un Centro de Salud en el Oriente. Una compañera de trabajo se le acercó para preguntarle qué de cierto había en esos rumores. Ella no sabía nada. Pero no le extrañó que fueran las primeras represalias que iba a tener de los altos jefes. El día viernes, por la mañana, de esa semana cuando ingresó al consultorio se percató de un memorando asentado en su escritorio, llevaba el logotipo de la entidad de salud y estaba firmado por el jefe de Talento Humano. No se molestó en leerlo. Sabía lo que ese documento contenía. Enseguida se dispuso a trabajar, y llamó a la enfermera para que hiciera pasar al primer paciente. La enfermera, con vos sumisa, le manifestó que no tenía pacientes de turno, que todos los que estuvieron asignados para ella ese día habían sido transfe-

ridos a otro doctor. La doctora Amaya, movió su cabeza, esbozó una triste sonrisa, cerró las gavetas de su escritorio, cogió algunas pertenencias y se marchó. No iba a pedir explicaciones a nadie. Sabía exactamente lo que estaba pasando. Para la tarde el Director del Hospital tenía en sobre su buró la renuncia de la doctora.

6.

El juicio siguió su marcha. Esperaba que fuera lenta, engorrosa y llena de trabas como en todos los juicios. La demanda pasó a instancias de la Corte Provincial. Cosas de la justicia. El caso fue tratado con una agilidad asombrosa. En poco tiempo se había tomado la decisión: debido a que el caso carecía de pruebas suficientes el asunto fue desechado y el acusado absuelto de toda culpabilidad. Fue un golpe tremendo cuando la doctora se enteró de las resoluciones tomadas en esta instancia, pero no estaba dispuesta a que el pedófilo, el agresor infantil camine libre por la calles de Cuenca. Es un peligro para la sociedad, se dijo la doctora. Esto no puede quedarse así...

7.

La demanda llegó a la Corte Suprema de Justicia. Ahora la cosa será diferente, se dijo. Pero en los retorcidos amarres de las influencias cada hilo de la madeja del poder está articulado de forma que nadie logra despeluzar a las podridas hebras. Todo lo contrario. Si alguna situación amenaza con limpiar las fétidas emanaciones de su posición esta es recortada, echada al fuego con la firme esperanza que las llamas del au-

toritarismo consuma su bellaca actuación. La doctora Amaya viaja a Quito para acelerar el proceso esperando que su caso repose en alguien con un proceder magnánimo, digno de quienes ostentan tan altas y delicadas funciones. Pero la realidad es otra. Cientos de fojas del proceso habían sido recortadas, quitadas, desaparecidas del caso. Nuevamente afloran las bajezas y las viles actuaciones de comprar el silencio, de trocar con dinero las heridas del alma creyendo infamemente que otras personas tendrán su misma calaña moral. En estas circunstancias ruines los dictámenes eran previsibles en esta instancia suprema de la justicia. Desata un nudo y la cuerda se afloja. No. Los hilos del poder están introducidos en todas las demandas. ¿Qué esperar? ¿Dónde acudir? ¿A quién clamar justicia? Siendo aún una niña, la doctora, había escuchado de su padre que el Infierno fue creado para el castigo de las atrocidades que cometen los individuos cuando la justicia humana no los puede castigar. ¿Justicia divina? En esta misma vida se van cancelando todas las deudas, todo se paga, pensó cuando supo de la muerte de quién había abogado el caso y absuelto al malhechor. Cáncer de próstata prematuro. Dónde se peca se paga.

8.

La sangre limpia los pecados, se escucha decir; y la muerte libera al hombre de los males cometidos. Es el castigo máximo que pueden soportar los seres humanos. Cuando nos visita la parca y llama a la puerta empezamos apreciar la vida, a amarla, a considerarla valiosa como una joya única. Mas la vida y la inocencia de los niños es el bien máspreciado que las divinidades nos han regalado. Y ambas, por igual, debe-

mos respetarla. Cualquiera que hiciere un mal a los pequeños recibirá tal castigo que mejor le valdría atarse una piedra al tobillo y lanzarse al mar, lo dijo una vez el profeta de Judea. ¿Mano divina? Un hijo del juez, poco tiempo después de absolver al agresor y desechar la demanda, es asesinado de manos familiares del agresor infantil. ¿Circunstancial? ¿Caso fortuito?

¿Se pagó la agresión recibida? No lo sé. La madre aún clama justicia. Es que las heridas del alma nunca cierran y el agresor camina, orondo con su fatuidad, libre de su fechoría...

Emilato.

